HISTORIAS DE VÉLEZ DE GUEVARA

COLECCION ARALUCE


V. SUÁREZ
PRECIADOS 48
MADRID

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pú-
blica y de uso para las B. Circulantes
Premiadas en la Exposición de Leipz'g

VÉLEZ
DE
GUEVARA

Obispado de Barcelona

NIHIL OBSTAT.

El censor,
Antonio Aragón Fernández
Presbítero

Barcelona 20 de Noviembre de 1929

IMPRIMASE

† José, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.

Dr. Francisco M.ª Ortega de la Lorena
Canciller-Secretario

HISTORIAS DE LUIS VÉLEZ DE GUEVARA

RELATADAS A LA JUVENTUD

POR

JOSÉ BAEZA

CON ILUSTRACIONES

DE

E. OCHOA



CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

PRINTED IN SPAIN — IMPRESO EN ESPAÑA

ÍNDICE

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

PROLOGUILLO

Luis Vélez de Guevara, autor de estas historias que en el presente volumen os narraramos, lectores queridos, nació en Ecija en el año mil quinientos setenta. En Sevilla estudió la carrera de leyes, y, una vez terminada, se estableció en Madrid, donde su gran talento le permitió alcanzar muy pronto fama de letrado.

Pero donde verdaderamente brilló su privilegiada inteligencia fué en el campo de la Literatura.

A pesar de que en aquella época estaban en su apogeo Cervantes y Lope de Vega, los dos inmortales genios, Vélez de Guevara se distinguió como tal, siendo Lope y Cervantes dos de sus más sinceros admiradores.

Su drama titulado Reinar después de morir, *no sólo está considerada como su mejor obra, sino como una de las más notables de aquella época de notabilidades.*

Más de cuatrocientas comedias escribió durante los setenta y cuatro años de su vida, lo que demuestra que, además de genial, era fecundo.

Poseía un gracejo muy personal que le granjeó la simpatía de sus contemporáneos y entre los escritores era tan admirado como querido.

Si grande es la fama que le ha proporcionado su obra Reinar después de morir *no es menos conocido por su novela* El diablo cojuelo.

Gusto nuestro hubiera sido darla a conocer en esta Colección a la juventud hispano-americana, pero su índole descarnadamente picaresca nos lo impide. Ya leerán nuestros jóvenes lectores El diablo cojuelo *cuando su formación moral sea completa.*

La galanura, la elevación lírica y la sencillez de sus versos, es lo que más admira de las comedias de Vélez de Guevara. Sin em-

bargo, esto no le priva de idear fábulas tan ingeniosas como la del Asombro de Turquía, *o asuntos tan completos y hermosos como los de* Reinar después de morir o El Cerco de Roma.

Como siempre, al hacer esta adaptación, hemos puesto especialisísimo interés en conservar el sabor del original, y deseamos haber cumplido nuestro propósito, satisfaciendo vuestras naturales exigencias de lectores aplicados.

REINAR DESPUES DE MORIR

I

A la sazón, era don Alonso rey de Portugal, y don Pedro el príncipe que había de heredar el Trono.

Muy amado era aquél por sus súbditos, pero más aún lo era éste, y si uno gozaba del respeto y la admiración populares, el otro contaba con el amor y la simpatía de todos los portugueses.

Desde el humilde pescador o el modesto labriego, al señor de más alto linaje o de más crecido caudal, veían en él un ídolo y hubieran seguido viéndolo aunque se despojara de las galas reales y de los derechos a la Corona.

Y es que don Pedro reunía en su persona

todos los dones que a un hombre puede adornar. Figura gallarda, soberano continente, distinción, talento, afabilidad, corazón sensible y generoso. Y, sobre todas estas cualidades, otra más valiosa aún: la sencillez, la llaneza de su carácter.

Don Pedro había sido esposo de una infanta de Castilla. El rey don Alonso, víctima de los más estrechos prejuicios de raza, no hubiera consentido que a su familia se mezclara persona que no fuera de pura estirpe real. El mismo don Alonso arregló la boda.

Un buen día, cuando ya el adolescente habíase convertido en hombre, díjole el padre:

—Ya he buscado la esposa digna de ti.

Un tanto perplejo quedó don Pedro ante estas palabras. Para decir esposa ¿no era preciso decir antes amada? Amor y matrimonio, ¿no eran cosas absolutamente inseparables?

Con la franqueza—siempre respetuosa—que le caracterizaba, hizo al Rey la siguiente pregunta:

—Perdón, padre, si te parezco indiscreto,

pero dime: ¿no es a mí, a mi corazón, al que corresponde la tarea de buscar esposa?

—Hijo mío—repuso don Alonso—. La Corona es un yugo del amor. Las bodas cortesanas están sujetas a estrechos convencionalismos que tu juventud no te permite conocer todavía. Por eso la busca y la elección la he realizado yo—con la experiencia de mis años—y no tú; y por eso no he preguntado a tu corazón, sino que he consultado a mi cerebro.

Muy contristado quedó el príncipe ante estas manifestaciones que le presentaban un nuevo aspecto de la vida cortesana. ¿De modo que un rey o un príncipe no podían amar? ¿No significaba aquello una gran desdicha? ¿Era suficiente compensación de tal desventura el placer o la vanidad de regir un pueblo?

En el fondo de su alma, algo muy arraigado y confuso respondía que no. Un rey era un hombre y tenía el deber de serlo. Sólo así podría ser comprendido por sus súbditos—hombres también—y sólo de esta comprensión podía nacer el afecto y la fidelidad.

Pero los preceptores no habían ilustrado a

Pedro acerca de estas cosas tan importantes y humanas, y, en cambio, le habían aleccionado escrupulosamente sobre la obediencia y el respeto que los hijos deben a sus padres, aunque éstos sean reyes y aquéllos príncipes.

Así, pues, acallando aquel misterioso impulso de rebeldía que conturbaba su alma, repuso :

—Será para mí un orgullo, padre, obedecerte en esto como en todo.

Y se realizó la boda.

Hermosa de alma y de cuerpo era la Infanta de Castilla, y acaso don Pedro hubiera concluído por amarla y ser feliz, compaginando de este modo sus deberes con sus sentimientos, pero no quiso el Cielo que dicha tanta tuviera realización.

Estaba al servicio de la Infanta una dama llamada doña Inés de Castro, y era tal su hermosura, su recato, su inteligencia ; tantos dones y atractivos reunían aquella alma y aquel cuerpo, que don Pedro comenzó por admirarla y terminó por enamorarse de ella con todo el ímpetu de su joven y apasionado corazón.

¡Oh, la inmensa tribulación de aquel hombre amante y honrado! ¡La lucha terrible de su corazón y su conciencia! Momentos hubo en que, viendo la luz de aquellos ojos, la virginal dulzura de aquel semblante, las gracias incontables de aquel cuerpo, flaqueó su voluntad y estuvo a punto de cometer «la locura». Pero, felizmente, los instantes de ofuscación fueron siempre vencidos, y el Príncipe no faltó a sus deberes de esposo.

Pasó el tiempo. Un día cayó enferma la Infanta. Largas jornadas de zozobra y angustia, y la santa esposa murió.

Profundo fué el dolor del Príncipe. De tal forma habíase impuesto el deber de amarla, que llegó a amarla en realidad.

No fueron falsas las lágrimas que corrieron por su rostro cuando, asido a aquella santa y bendita mano, recibió el adiós último de su compañera. No fué fingido el duelo que obscureció la vida del Príncipe en los siguientes días. Pero pasó el tiempo, y el corazón fué sanando y olvidando. Una tarde, un crepúsculo...

Paseaba el Príncipe por un jardín. El jardín,

repleto de flores, era como una sinfonía de colores y perfumes. Claveles y azucenas... Pensamientos y margaritas... Todos abiertos y ufanos, cual si tuvieran conciencia de su hermosura y la ofrecieron como un regalo a los ojos del paseante.

Las brumas del atardecer lo suavizaban y embellecían todo. Reinaba una deliciosa calma que comunicaba al espíritu un sublime sentimiento de paz. Todo tenía una adormecedora palpitación de ensueño. Era aquél como esos jardines encantados de los cuentos de gnomos y princesas.

Paseaba el Príncipe por el jardín, cuando se detuvo sorprendido cerca de una fuente.

Junto al tazón de jaspe había una mujer cuyo rostro reconoció al punto.

Era Inés...

Petrificado por la emoción y la sorpresa, quedó un momento sin saber qué hacer ni qué decir. Inés semejaba un adorno de la fuente, una estatua con calor de vida que ornara el jaspeado tazón.

¿Qué dormidos sentimientos había removido aquella presencia en el corazón del príncipe?

Ni él mismo hubiera podido contestar a esta pregunta.

Lo único cierto era que aquel rostro, aquella forma, aquella mujer, ejercía sobre él una poderosa atracción.

Sin que pudiera evitarlo, sus pies le condujeron hacia Inés. Y sólo cesaron en su movimiento, cuando estuvo al lado de la maravillosa escultura humana, mirándola a los ojos, gozando hasta la saciedad de su divina presencia.

Era el amor, el amor que despertaba en su alma avasalladoramente.

Dió un paso más.

—¡ Oh, Inés !...

Y las palabras se helaron en sus labios, a pesar de que venían llameantes del corazón.

¿Qué iba a decir? ¿qué podía decir?

En su mente había una loca algarabía de ideas.

—¡ Oh, Inés !...

Pero esta vez halló la clarividencia necesaria para añadir :

—Muerta mi esposa, no había vuelto a pensar en ti. Tan lejos llegó mi buena voluntad,

que no sólo supe evitar que mi alma se quemara como una mariposa en la luz de tus ojos cuando la Infanta vivía, sino que, después de muerta, dejé de pensar en ti. Pero el amor estaba dormido en el fondo de mi alma. Ahora lo comprendo. Ahora que, al verte a ti, ha renacido con impetuosa pujanza...

Volvió el Príncipe a enmudecer y a mirar como fascinado la dulce belleza del amado rostro.

Inés turbada también por el alto homenaje recibido, quiso disimular su emoción, fijando la vista en los rumoreantes surtidores de la fuente.

Nada dijo, pero, antes de marcharse, tuvo una mirada de gratitud para el Príncipe... gratitud por el honor inmenso que para ella representaba el recibir tan rendidas demostraciones de una persona de sangre real.

Y al día siguiente volvió al jardín encantado. Y volvió también el Príncipe. Y hablaron de amor.

De día en día, el corazón femenino iba sintiéndose más envuelto en las redes del amor. A fuerza de ser amada, Inés llegó a amar.



Y volvió también el príncipe. Y hablaron de amor.

Y una tarde, un crepúsculo, el Príncipe escuchó las anheladas palabras:

—¡Te amo!

* * *

Todas las tardes se veían en aquel jardín, en aquel edén saturado de perfumes, rebosante de inmaculadas azucenas, de rojos claveles, de blancas y amarillas margaritas.

Un día acudió Inés con un velo de tristeza en el semblante.

—¿Qué le sucede a la dueña de mi corazón?—preguntó el Príncipe.

—Esto ha de terminar, Pedro. Este amor es imposible.

En una convulsión, el Príncipe dió un paso atrás.

—¿Por qué?—preguntó aterrado.

—No puede ser, no puede ser—dijo Inés con voz temblorosa y como hablando consigo misma.

—¿Por qué?

La pena ahogaba a la joven cuando contestó:

—¿Qué fin puede tener este amor?

—El fin que tienen todos los amores.

—El fin de todos los amores es el matrimonio, Pedro.

—Pues ese será el fin de nuestro amor.

Pronunció estas palabras con perfecta naturalidad, e incluso le extrañó el desconcierto con que Inés las acogiera.

—¿Qué es lo que te extraña?—inquirió don Pedro.

—Un Príncipe no puede casarse con una mujer que no posee título ninguno. ¿Qué diría la gente? ¿Acaso has consultado a tu padre?

Tan repentina y bruscamente surgió la evidencia del problema en el corazón del Príncipe, que, por un momento, permaneció mudo e inmóvil.

¿Cómo no se le había ocurrido pensar hasta entonces en lo que Inés acababa de revelarle? ¿Cómo fué tan torpe o tan ciego?

Realmente, era un problema, un gran problema el que conturbaba a Inés... y a él también desde entonces.

Locura hubiera sido pensar obtener el con-

sentimiento del Rey. Y locura confiar en la aprobación del pueblo.

Cual punzantes dardos, pasaron estas ideas, estas convicciones, por su pensamiento y por su corazón.

En vano se esforzaba por hallar una solución satisfactoria al conflicto.

Inés se dió cuenta de ello y exclamó:

—Ya ves, Pedro, cómo hemos de separarnos.

—¡No!—replicó el Príncipe con gesto y tono de protesta.

Ignoraba el medio de hacer subsistir aquel amor, pero no quería en modo alguno dejarle morir. Ello hubiera equivalido a la muerte de su propio corazón.

Nada tan distinto a un futuro rey como aquel ser atribulado que con ansiedades y zozobras de niño se asía a las manos de la mujer imposible. Si hubiera podido renunciar a todos sus títulos y a todos sus derechos, el problema estaría ya solucionado. ¡Cuán gustosamente habría cambiado el Príncipe el trono de Portugal por la mano de Inés!

Pero eso no se podía hacer sin mengua del

honor. Por otra parte, ni la Corte ni el pueblo hubieran perdonado desprecio tal.

Inés y el Príncipe se separaron aquella tarde sin hallar la solución del tremendo problema, pero prometiéndose acudir al día siguiente a la cotidiana cita.

Un infierno fué aquella noche para don Pedro su joyante dormitorio. Ni un solo minuto logró que su mente y su corazón descansaran en la inconsciencia del sueño. Y a la tarde siguiente, cuando se dirigió al paraíso de los claveles y de las azucenas, el problema estaba sin solucionar, pero la determinación estaba tomada.

—Nos casaremos, Inés—dijo enérgicamente, tratando de comunicar a aquellas manos, con la presión de las suyas, toda la decisión de su espíritu. Nos casaremos secretamente, sin que lo sepa el Rey. Por estos campos, cerca de estos hermosos paraísos de flores, buscaremos el nido. Hasta que hallemos la solución que en vano buscamos ahora, el matrimonio será un secreto. Penosa ha de sernos esta vida de ocultación y disimulo, pero, por lo que a mí respecta, Inés, te juro que lo daré todo por

bien empleado con tal de ver a nuestro amor en posesión de su trono nupcial.

Llorando de emoción y de gratitud, estrechó Inés las manos del Príncipe, y cuando éste esperaba oír de los queridos labios una animosa confirmación de sus esperanzas, he aquí que la novia repuso en un arrebato de sacrificio :

—No, Pedro, no. No debes traicionar así a tu noble padre. Tampoco es ese el mejor modo de corresponder al cariño y a la admiración que el pueblo te profesa. Un príncipe heredero, no es un ser como todos : es eso, un príncipe. Y si osa faltar a sus deberes principescos, si sobre los honores regios quiere poseer la libertad del regido, o renuncia a aquéllos para obtener ésta, o su vida no será vida. Será algo desquiciado y desastroso como un río en cuyo cauce surgiera de pronto una montaña. Yo, Pedro, amándote como jamás amé a persona alguna, y cierta del martirio que alejada de ti va a representar para mí la vida, precisamente porque te amo y deseo tu bien, te digo : Príncipe, sigue el camino que la vida te ha trazado. Ve hacia arriba, hacia

el Trono, y no pretendas descender a las simas por ti ignoradas de la vida vulgar. Me iré lejos, donde no pueda verte ni ser vista por ti. Bien sé que, en un principio, el tormento ha de ser horrible, tanto para tu corazón como para el mío. Pero el tiempo irá pasando y llegará un mañana en que las heridas de hoy no serán sino cicatrices.

Sin pestañear, sin alentar apenas, escuchó don Pedro el discurso de Inés. Y cada una de sus palabras fué para el corazón que las recibía como una gota de hierro fundido. Dijérase que en vez de Inés era el Rey quien le había hablado. Algo, en el fondo muy semejante, recordaba haber escuchado de los paternales labios, cuando le fué anunciada su boda con la Infanta de Castilla.

Y también como entonces, una airada protesta surgió de las profundidades inaccesibles de su alma.

Mas así como entonces no pasaron del pensamiento, ahora se convirtieron en raudal impetuoso de palabras.

—¡Me rebelo, me rebelo! Vayan enhoramala los honores regios si para obtenerlos he

de dejar de ser hombre. Sean cuales fueren las leyes cortesanas, he de asegurarte, Inés, y me enorgullezco de ello, que en el pecho de este príncipe palpita un corazón humano. Jamás hubiera esperado de ti tanta fría reflexión y tanta ecuanimidad. El amor verdadero no puede ser reflexivo ni ecuánime. Cuando menos, debe anteponerse a todo, porque se estima en tanto como a la propia vida, y no se quiere ni se puede vivir sin él. Sólo no amándome como yo creí que me amabas, sólo habiéndome hecho víctima de un cruel engaño, puedes haber hablado así.

No era sincero el Príncipe, pese al calor con que formulara la réplica. ¿Cómo podía dudar del amor de su Inés? Pero mintió, porque sólo con la mentira podía obtener lo que al fin obtuvo.

Alzó la dama hacia él los cielos magníficos de sus ojos, estuvo un buen rato contemplándole en silencio y llorando lágrimas que fulguraban como diamantes, y repuso en tono de lamento:

—Si, para que creas en mi amor, es preciso que acceda, sea, y que Dios nos perdone.

Y al mes siguiente se casaron en secreto. Una finca, a orillas del Mondego, fué el nido de aquel triste y santo amor. Nadie supo nada. Un Príncipe lo puede todo.

II

Un día, don Alonso requirió la presencia del Príncipe, y, escuetamente, ignorante de la hecatombe que iba a producirse en el alma de su hijo, le dió la tremenda noticia :

—He pedido para ti la mano de la Infanta de Navarra.

En un continuo sobresalto vivía don Pedro, conjeturando el desenlace que aquel estado de cosas pudiera tener, pero jamás imaginó que fuera el fin un tan tremendo conflicto.

Valiente hasta la temeridad era el Príncipe. Nunca rehuyó ningún peligro ni vaciló en afrontarlo. Jamás el más leve temblor entorpeció su mano al empuñar la espada... Ahora, sin embargo, era cobarde. Era el cariño de su padre, el honor, la consideración del pueblo lo que amenazaba ruinas, y para el ge-

neroso corazón de don Pedro valía tanto todo esto, que ni siquiera su inmenso amor por Inés lo podía anular.

Sin firmeza ninguna, disimulando mal su turbación y sin la menor confianza en el éxito, aventuró :

—Hubiera deseado, padre, una más larga tregua de reposo para mi corazón. La memoria de la adorada esposa muerta está aún demasiado viva en mí para que pueda comportarme con mi nueva mujer como me dicta mi caballerosidad y tú, sin duda, deseas.

—Muy justas me parecen tus observaciones, hijo mío—repuso el Rey—, y, anticipándome a ellas, expuse a doña Blanca tu situación cuando pedí su mano. No hay prisa ninguna para que esta boda se realice. Sin embargo, bueno es que en Navarra se tenga la promesa de que ha de realizarse y yo mismo me encargué de que se publicara allí la noticia. La vida de los reyes está llena de semejantes obligaciones.

No pudo contenerse el Príncipe y exclamó, olvidándose de que estaba ante la persona augusta del monarca :

—Protesto, padre, de ese yugo que convierte a los reyes en guiñapos. Mi vida al lado de doña Blanca ha de ser una insoportable tortura. No sólo es preciso que la tolere, sino que finja amor hacia lo que detesto. ¿No es la muerte cien veces preferible?

Lívido, tembloroso de ira y de sorpresa, irguióse el Rey.

—Jamás creyera que inconsciencia tanta y tanta ceguedad anidaran en el fondo de un ser nacido de mi ser mismo. Bien has sabido ocultarlo, Príncipe, bien aprendiste a disimular sin que nadie te lo enseñara. Que un hijo mío se conduzca tan ligeramente, que sacrifique a sus menudas pasiones las conveniencias del Estado y los dictados del honor, es cosa que mi mente rechaza por incomprensible.

Levantó la mano, combó el pecho y añadió:

—Pero, óyelo bien, sucesor de mi corona, Antes hablaba el padre, ahora ordena el Rey. Doña Blanca tiene tu palabra de príncipe. Como ha venido ya de Navarra y se hospeda bajo este mismo techo, es preciso que tu cortesía comience a demostrar que estás dispuesto a cumplir la promesa hecha por mediación

mía. De lo contrario, seguiré olvidando que soy tu padre para ser sólo tu rey.

Y don Alonso dió media vuelta y salió majestuosamente de la regia sala.

Allí, arrodillado en el suelo y con la cabeza abatida entre las manos, quedaba el desdichado Príncipe.

«Se hospeda bajo este mismo techo». Tales palabras seguían martilleando en su cerebro y zumbando en sus oídos. Era preciso comenzar al punto la terrible comedia, era necesario repetir a doña Blanca todas las palabras que su corazón, más que sus labios, había dirigido ya a su adorada Inés.

Y mientras su amada se consumía de tristeza, ocultando su amor, cual si un pecado fuera, en una quinta a orillas del Mondego, doña Blanca gozaría de sus homenajes y del agasajo popular.

Irguióse de súbito don Pedro.

—¡ Basta ya de cobardías y claudicaciones ! —se dijo.

Y envió a un criado a solicitar audiencia con doña Blanca.

Indecible fué el placer que experimentó la

Infanta ante demanda tal. Hasta su palacio de Navarra había llegado la fama de don Pedro y ardía en deseos de verle ante ella y de oír de sus propios labios aquellas palabras que por él había pronunciado don Alonso.

—¡ Alteza !

Estaba ante ella, rígido y grave, cortés, pero no rendido.

—Príncipe...

—Señora. Mi deseo de seros leal, como corresponde a mi calidad de príncipe y como vuestra realeza tiene derecho a exigir, es lo que me trae ahora a vuestro lado.

Sorprendida quedó la Infanta ante estas fraces tan impropias del galán que ve por vez primera a su prometida. Mas su orgullo la impulsó a disimular la sorpresa.

Sentóse y ofreció otro asiento al Príncipe, el cual comenzó al punto a decir :

—Con la Infanta que fué mi esposa, vino de Castilla, para servirla, una dama llamada doña Inés de Castro Coello y Garza. Esta dama—y perdonad, señora, que la alabe en vuestra presencia—era una deidad, un ángel, un cielo. Apenas la viera, sentíme prendido en

sus gracias como el pez en la red. Pero, fiel a la palabra dada, e incapaz de traicionar la nobleza de mi esposa, este amor no pasó de ser un turbador y fugaz pensamiento. Y de tal modo impúsome la caballerosidad el cumplimiento del deber, que incluso llegué a amarla, hasta el punto de que, a su muerte, sentí un gran vacío en mi vida y un desgarrante dolor en mi corazón. Pasó el tiempo. Ya estaba Inés relegada al olvido cuando, una tarde, me la encontré en circunstancias que contribuyeron a aumentar sus encantos. El crepúsculo... un jardín florido... y, en medio, aquel ángel, aquella gloria de mujer... ¿Necesitaré deciros que sentí renacer todo el dormido amor de mi alma, que se lo dije, que me correspondió? ¿Necesitaré deciros que hoy es mi esposa y que por nada ni nadie del mundo faltaré al juramento que hice ante Dios de ser sólo para ella ni la regatearé un solo átomo del inmenso amor que le profeso?

Nada dijo la Infanta. Ningún gesto, ningún movimiento delató lo que ocurría en el interior de su alma. Con sencillo y señoril ademán, indicó al Príncipe la puerta, cual si le dijese:

—Ve a reunirte con ella, puesto que tanto la amas.

Y don Pedro no esperó a que le repitieran el ofrecimiento. Cogió el sombrero, se arregló la capa, se inclinó cortésmente y salió.

Cuando doña Blanca quedó sola, dió libre curso a sus sentimientos. Irguióse altivamente, crispó y se retorció los dedos hasta hacerlos crujir y, pálida y convulsa, exclamó :

—¿Es posible que mujer alguna de mi linaje haya sufrido parecida humillación? ¿Cabe mayor ultraje para una dama? ¿Cómo mi fiero corazón ha podido soportar tal vergüenza sin paralizarse para siempre?... ¡Ah! Bien hace mi corazón en seguir viviendo para poder tomar cumplida venganza... ¡Tiemble don Pedro! ¡Ocasión tendrá de saber cómo responde a los agravios recibidos doña Blanca de Navarra!

III

Tan ciega e iracunda salió doña Blanca de su habitación, que tropezó con Brito y le hizo rodar por los suelos.

Brito era el escudero del Príncipe. Poco antes, hallábase en el jardín, cuando apareció su dueño con prisa semejante a la de doña Blanca. Dirigióse a él por si necesitaba de sus servicios y la respuesta a su ofrecimiento fué un empujón que le hizo caer con las piernas por alto.

Desconcertado por los modales de don Pedro y dolorido por la caída, siguió con la mirada a su dueño hasta verle desaparecer por el recodo que conducía a la puerta del jardín.

¿Qué le habrían hecho a su amo? ¿Adónde iría tan aprisa? ¿Qué había sucedido en el palacio, que de tal modo se despertaron las iras de don Pedro?

Se levantó, se sacudió la empolvada ropa y entró cautelosamente en los regios umbrales. Con el mayor sigilo, fué avanzando y asomando la cabeza por todas las puertas que a su paso hallaba.

Le extrañó no encontrar un par de cadáveres en cada pieza. Si a él, tan estimado por don Pedro, habíale dado un empujón, era increíble que con los demás siervos de palacio no la hubiera emprendido a mandobles. Sin em-

bargo, todos permanecían en sus puestos sin dar muestras de que nada anormal hubiera ocurrido. Y no era esto sólo lo que sorprendió a Brito, sino que también le pareció inverosímil el no hallar vestigio ninguno de lo que pudiera haber impulsado a don Pedro a salir de palacio con tanto ímpetu y tan poca urbanidad.

Pero cuando llegó a la habitación que mediaba entre el salón y el aposento de doña Blanca, cuando al ir a asomar la cabeza por la puerta salió la Infanta impetuosamente, tropezó con él y le envió rodando por los suelos, se dijo:

—Esta es la causa.

Y añadió, al ver que doña Blanca transponía el umbral como alma que lleva el diablo:

—Verdaderamente, el ser escudero de un príncipe es tarea poco fácil. Doña Blanca por un lado, doña Inés por otro. Esta, que quiero para mí al Príncipe. La otra, que ya lo es mío. El Rey, que te cases con ésta. El Príncipe, que amo a la otra. Y mal si obedeces a don Pedro, porque eso equivale a ir en contra del Rey. Y mal si vas a favor del Rey, porque ello re-

presenta traicionar a don Pedro, que es tu amo, al fin y a la postre, y te puede poner de patitas en la calle. Y entre doña Inés y doña Blanca sucede algo parecido. Si te inclinas por la causa de aquélla, ésta, que tiene al Rey dominado, puede darte un disgusto. Y si te vas del lado de doña Blanca, don Pedro se cuidará de que no vuelvas a querer lo que él detesta. Por lo tanto, Brito, ya puedes irte resignando a morir ahorcado, puesto que no hay forma humana de salir de semejante atolladero.

Y se levantó, volvió a sacudirse el polvo de las ropas y se dirigió al jardín, dispuesto a esperar en él el desarrollo de los acontecimientos.



Cuando el Príncipe se fué, dejando a Inés abatida por las tristes nuevas, en su finca lindante con el Mondego, doña Violante salió a llorar a solas al jardín, para no aumentar la aflicción de doña Inés, su dueña.

—¡ Válgame Dios, y cuán desdichada es mi pobre señora ! Comienza por prendarse de

quien no debía haberse prendado. Aunque bien es verdad que no fué suya la culpa. El culpable fué don Pedro. La vió, se enamoró, tendió ante ella una red de miradas, de palabras, de galanuras y ¿cómo no iba a caer la cándida paloma? ¿Qué mujer podría hacer frente a los galanteos de un Príncipe? ¿Qué mujer rechazaría a quien va a ser Rey de Portugal? Yo misma, pese a mis sesenta años, ¿hubiera podido resistir sus miradas de fuego?... ¡Jesús, Jesús! Pero ¿qué tonterías estoy diciendo?

Extrajo de la faltriquera una plateada cajita, miró a un lado y a otro, la abrió, introdujo los dedos en el rapé y llevóselos luego a las narices.

Hizo un par de guiños y estornudó tres veces.

—En suma — siguió murmurando—, que doña Inés le habló de no proseguir aquellas desiguales relaciones y que entonces el Príncipe replicó: «¿Conque pretendes que nos separemos? Pues ahora nos hemos de casar», y para enredar más las cosas, se casaron. ¿Puede darse locura mayor? Tentada estuve de impe-

dir la boda dando anticipada cuenta de ella al Rey. Pero don Pedro, que, sin duda, adivinó mis intenciones, me amenazó con clavarme la lengua al paladar a la menor indiscreción. ¡ Pobre lengua mía ! ¿Qué culpa tenía ella de que juventud, amor y locura fueran una misma cosa? ¡ Claro que tuve buen cuidado de volverme muda, ciega y sorda para librarme del terrible castigo ! Pero me pregunto yo ahora : Y cuando el Rey se entere, que bien ha de enterarse, de la locura cometida por el Príncipe ¿no me acusará de complicidad por haber callado? ¿no me aplicará un castigo mayor que aquel con que me amenazó el Príncipe si me iba de la lengua? ¿no me enviará a la horca?

Dió un salto y se llevó las manos al gaznate. Ya se estaba viendo con dos palmos de lengua fuera y los ojos desorbitados.

—Y, para colmo de desdichas — prosiguió—, don Alonso hace venir de Navarra a doña Blanca y le dice a su hijo : «Esta ha de ser tu nueva esposa». El hijo no se atreve a decirle que ya está casado y que no puede casarse otra vez, pero no vacila en contárselo todo a doña Blanca... ¡ El Señor nos proteja ! Me

horroriza el pensar lo que aquí va a suceder. Doña Blanca protestará ante don Alonso, don Alonso la emprenderá con el Príncipe, el Príncipe se desahogará con Brito, y Brito me hará enloquecer a mí con sus confidencias... Y no es este el mayor peligro. Lo verdaderamente horrible sería—así lo ha dicho el Príncipe a doña Inés—que la Infanta comunicara a su familia lo ocurrido, y que su familia, llena de indignación, enviara a toda Navarra contra nosotros... ¡ Espadas ! ¡ sangre ! ¡ Uf !... ¡ Dios mío, Dios mío ! Apiádate de esta pobre Violante que no tiene culpa de nada.

IV

—¿No estás cansada, señora?

—Sí lo estoy, Violante, y voy a dar por terminada la caza. Vamos hacia la quinta.

Doña Inés estaba gentilísima con su traje de caza. Era diestra en el manejo de la escopeta, y tal deporte constituyó siempre una de sus más caras aficiones. Hoy, sin embargo, no había logrado distraerse de cierta preocupación,

de cierta aprensión que se posesionara de ella en el momento de despertar, no dejando un solo segundo de acosarla obstinadamente.

En silencio, emprendió el regreso a la quinta seguida de Violante, la cual sentíase contagiada de su tristeza.

—¿Qué será, Violante, que don Pedro no ha venido aún?

—Un Príncipe tiene incontables obligaciones. También puede ser que su padre, el Rey, le haya entretenido. ¿Esa es la causa de tu pena?

—Esa, Violante. ¡Es don Pedro tan apasionado, tan impresionable! ¡Y es tan halagador para un hombre sentirse querido!...

—¿Celos de doña Blanca? ¡Bah! Puedes estar tranquila por esa parte. El Príncipe sólo vive para ti, eres tú la dueña absoluta de su corazón.

Entre estas y otras pláticas llegaron a la quinta.

Doña Inés, fatigada por el paseo y por las cavilaciones, sentóse a descansar en un banquillo que las frondas protegían amorosamente.

Y era tal su cansancio, que concluyó por quedarse dormida.

Llegaron en este momento Brito y el Príncipe, ambos presas de distintas cavilaciones: aquél pensaba en el peligro en que su gaznate se hallaba; éste, en el trance angustioso que atravesaba su amor.

Uno y otro entraron en la quinta, viendo el punto el cuadro que ofrecían doña Inés durmiendo y Violante absorta en sus interminables monólogos.

—Ahí está, Brito, la causa de todos mis desvelos.

—Ahí está, Alteza—dijo el escudero por Violante—la que consume mi paciencia.

—Inés—llamóla el Príncipe.

E Inés se sobresaltó. Al despertar y contemplar al Príncipe, eran sus ojos dos impávidos discos donde se reflejaban la inquietud y el terror.

—¡Oh, mi dueño ¡Cuánto has tardado!

—No he tardado, Inés. Es la hora acostumbrada. Sin duda tu impaciencia y tus recelos te impiden medir el tiempo con justeza... Pero advierto que tiemblas; estás demudada...

—Sí, Pedro mío. Durante todo el día he sido presa de una injustificada aprensión, de un extraño pesimismo. Y ahora, al quedarme aquí dormida un momento, he tenido una pesadilla horrible ; he soñado que...

Pero no pudo continuar. Brito y Violante que se habían alejado de sus dueños, enzarzados en una de sus frecuentes disputas, reaparecieron alborotados.

—¡ Señor !—exclamó Brito.

—¡ Señora !—dijo Violante.

—¿ Qué sucede?

—¿ Qué es ello?

—Pues sucede, Alteza—repuso Brito—que por la orilla del Mondego, y siguiendo el camino de esta quinta, han aparecido tres coches del Rey.

—¿ Estás cierto que de mi padre son?

—Cierto, pues, aunque de lejos, he reconocido al Rey, a la Infanta, a Alvar González y Egas Coello.

—¡ Dios mío ! — exclamó Inés—. Doña Blanca, el Rey y, en su compañía, dos traidores. ¡ Vámonos, Violante !

Pero el Príncipe la detuvo.

—No, no te moverás de mi lado. Estando yo contigo, ¿qué puedes temer?

Y doña Violante dijo para sus adentros: «Eso es que doña Blanca ha enterado ya al Rey, que éste ha conseguido averiguar dónde estaba la quinta de doña Inés y que hacia aquí viene dispuesto a ahorcarnos a todos.»

—¡Aquí están!—exclamó Brito temblando.

Entró el Rey acompañado de doña Blanca y seguido de los dos traidores. Inés, trémula, se asió al brazo del Príncipe. Violante y Brito elevaron los ojos al cielo y el pensamiento a Dios.

Pero ¿qué sucedió entonces? El Rey habíase detenido ante Blanca y la contemplaba con aire de asombro.

Todos estaban pendientes del monarca, en cuyas palabras esperaban hallar la clave de aquella inexplicable actitud.

Y el Rey exclamó:

—¡Jamás vieron mis ojos hermosura tanta!

Inés, conmovida por el inapreciable elogio, dió un paso, se arrodilló a los pies del monarca y le dijo:

—¿Me dais, señor, vuestra mano a besar?

—Es recatada y discreta — murmuró don Alonso como hablando consigo mismo, y añadió dando a besar su mano— : Alzaos del suelo.

—Pensad, Majestad, el placer que debo sentir permaneciendo así arrodillada ante quien tiene en su mano mi salvación y mi ventura.

—¡ Qué cordura, qué honestidad !—siguió murmurando—. el Rey.

Y mientras doña Blanca se retorcía las manos de ira, dijo don Alonso :

—Vamos.

Pero Egas Coello le detuvo :

—Mirad bien lo que hacéis, señor. Habéis afianzado lo que pensabais destruir.

Y Alvar González añadió :

—Vuestra actitud es como un consentimiento para el matrimonio que impide a doña Blanca casarse con don Pedro, convirtiéndola en peligrosa enemiga de Portugal.

—Cierto, cierto—repuso el Rey—. Mas no es ocasión ahora de solucionar el problema.

Y se despidió cariñosamente de doña Inés y de su hijo, saliendo de la quinta seguido de doña Blanca y demás acompañamiento.

El sol había salido en el alma de Inés. Habíase hecho la noche en la de doña Blanca.

V

Irrumpió la Infanta en la estancia donde hallábase el Rey.

—¡Señor!

—¡Oh, Infanta! ¿Qué os trae a mi presencia, hija mía?

En los días que siguieron a su visita a la quinta de Inés, Alvar González y Egas Coello habíanse cuidado de hacerle ver bien claramente el conflicto que se le avecinaba si no cumplía la palabra que diera a doña Blanca. Y esta había sido su preocupación constante.

A fuerza de cavilar y de temer, sentíase aturdido, cansado y enfermo. Comprendía que era necesario a toda costa desagraviar a doña Blanca. Por eso le habló con tal dulzura.

—¿Qué os trae a mi presencia, hija mía?

Pero doña Blanca no dió muestras de con-

moverse ante el tono de paternal afabilidad que usara don Alonso.

Por el contrario, sus ojos siguieron despidiendo un fuego de volcán.

—Majestad, vengo a anunciaros mi partida. Vine a vuestro país, a vuestra corte, prometida al Príncipe. Y sobre hallarme con la afrenta de verle ya casado, vos me habláis de un arreglo, me conducís a la quinta de doña Inés, y en vez de amonestarla, sólo tenéis alabanzas para ella. Por dos veces ultrajada, ofendida por vos y vuestro hijo, no puedo menos de regresar al punto a mis lares.

—Doña Blanca, yo os suplico...

—Una Infanta de Navarra no puede ser ultrajada impunemente. Sabed, señor, que el sol es poco para humillarme a mí.

Y sin dar lugar a nuevos ruegos, salió del regio recinto.

Aturdido quedó el Rey ante proceder tan violento, perplejo permaneció comprendiendo la catástrofe que se le avecinaba. ¿Qué sería de su corona, qué sería de su pueblo?

En esto entró el Príncipe.

—Señor...

Y las iras del Rey hallaron el modo de expansionarse.

—¿Cómo te atreves a presentarte a mi vista? ¿Sabes, desdichado, el conflicto que tus locuras han ocasionado a la Corte y a la Corona de Portugal?

Egas Coello, que, sin duda, escuchaba a escondidas la conversación, juzgó oportuno el momento para presentarse y, apareciendo en el umbral, se detuvo y dijo:

—Perdón, señor, no sabía que conversabais con su Alteza.

Y fué a retirarse, dando así lugar a que el monarca lo detuviese.

—No te vayas, amigo mío. Tu llegada no puede ser más oportuna. Esta tarde te cuidarás de llevar preso al Príncipe al castillo de Santarén. Pague allí la rebeldía que tan grandes males ha causado.

Y aun hubo de oír don Pedro estas nuevas palabras de desdén y de ira.

—Vete, mal hijo. No quiero verte.

No hizo don Pedro más que transponer el umbral, cuando apareció Alvar González.

—Señor...



—Vete mal hijo, no quiero verte...

—Entra, amigo mío. ¿Traes alguna nueva que pueda aliviarnos de tanta pesadumbre?

—Sí, majestad.

—Dila pronto—demandó el atribulado don Alonso con ansia.

—Se trata de doña Blanca. Difícil ha sido la tarea, pero he logrado convencerla de que se quede.

—Gracias, amigo mío. Gran servicio has hecho a la Corona de Portugal.

—Aun estoy dispuesto a hacer otro mayor.

Y como el Rey le interrogase con la mirada, añadió:

—Todo el reino espera con anhelante júbilo la boda de doña Blanca con don Pedro. No realizarla sería a mi entender grave inconveniente.

—Pero Inés...

—Esa es, señor, la clave del asunto. Hay que alejar a Inés de Portugal.

—Pero ¿cómo? Está casada.

Miró entonces Alvar González a su alrededor cual si temiera indiscretas proximidades, y, bajando la voz al mismo tiempo que su boca

se quebraba en un sarcástico rictus que podía ser una sonrisa, insinuó :

—Si muriera...

Retrocedió horrorizado don Alonso.

—¡ Sería una infamia !

—Nada que se haga en servicio del Estado puede calificarse así. Sacrificando una vida pueden salvarse muchas. ¿Estáis seguro, Majestad, de que no estalle una revolución si doña Blanca no puede casarse con el Príncipe?

—Cierto, cierto—repuso el Rey presa de extraña emoción—. Pero podemos hallar otra forma de...

—Ninguna, Majestad. Si el Príncipe está casado con doña Inés, sólo la muerte de ésta le permitirá volver a casarse.

—¡ Es horrible ! ¡ Es horrible !—repitió el Rey, cual si hablara consigo mismo.

Y Egas Coello, que hasta entonces no había desplegado los labios, intervino para decir con el mismo tono cauteloso e insinuante que empleara antes su compañero :

—No hay otra solución... No hay otra solución... Todo por el Estado. Todo por Portugal...

VI

—Alteza...

—¡ Oh, Brito, te esperaba !

—¿ En qué he de serviros ?

—Acompáñame a la mansión de mi esposa.

—¿ Acaso el Rey os ha levantado ya el castigo ?

—No, Brito. Pero he amenazado al carcelero y su temor al futuro Rey, le ha movido a dejarme marchar en secreto. Vamos pronto. Ardo en deseos de ver a mi amada Inés.

Y salieron del castillo. Largas horas estuvieron caminando y cuando ya apenas una les faltaba para llegar a la mansión de doña Inés, el Príncipe se detuvo.

—Mira bien este lugar, Brito ; mira bien esa quinta para que sepas regresar sin demora. Aquí te aguardo. Tú lleva este papel a mi esposa. En él le digo el lugar en que me hallo para que venga a verme. El ir yo hasta allí sería demasiado peligroso. Ve, Brito, y piensa que estoy sin vida y que sólo mi esposa puede hacerme renacer.

Y Brito se fué, y quedó esperando el Príncipe.

* * *

Hallábase Inés sentada en el balcón de su quinta acompañada de Violante, cuando el cortejo real apareció en el camino.

Se detuvieron los coches y bajó el Rey. Seguido de Egas Coello y de Alvar González, dirigióse hacia la puerta de la casa después de haber cruzado la del jardín.

Inés, maltrecha y enferma desde que supiera el castigo que sufría su esposo, sintió como si un rayo de sol penetrara en su alma por el dolor obscurecida. Era un soplo de esperanza. ¿Traeríale el Rey el perdón para el Príncipe y el consentimiento para ella de que su matrimonio se hiciera público? ¿Sería posible que Dios hubiérala elegido al fin para dar ejemplo de felicidad a sus semejantes? ¿Sería posible que...?

Pero no quiso seguir concibiendo ilusiones. Así, el desengaño, si había de sufrirlo, sería también más leve.

Sus miembros adquirieron una inusitada ligereza para correr a la puerta de la casa antes de que el Rey y su cortejo hubieran pasado de la mitad del jardín.

Aun siguió corriendo y no se detuvo hasta que pudo arrodillarse a los pies del monarca, solicitando le permitiera besar su mano.

De haber levantado la vista, hubiera advertido un gesto de amargura que crispó el rostro del Rey.

Y así podría haber adivinado algo de lo que demostró no saber al preguntar:

—¿Me traéis el perdón, Majestad?

Recio y viril era aquel pecho, serena aquella frente sobre la que se ceñía la corona de Portugal, pero no por eso dejó don Alonso de sentir en su corazón una opresión extraña y en su pensamiento una torturante confusión.

—Inés, hija mía. No son buenas las nuevas que te traigo. Hoy no puedo alegrarme de ver tu rostro de virgen, hoy tu presencia no puede traer a mi corazón aquel sentimiento de paz y de ternura que se apoderó de mí

cuando te vi por vez primera. Hoy todo es duelo, todo es hoy trágico y triste.

—¿Pues qué sucede?—preguntó Inés pálida y turbada.

—Todo el pueblo se levanta contra ti. Si la boda de doña Blanca con el Príncipe no se realiza, nos exponemos a una revolución. Comprende, Inés. Mi deber es velar por mi reino. Por encima de mis sentimientos de padre, están mis deberes de Rey.

Y calló, porque el dolor le ahogaba al ver a Inés blanca como la nieve, muda como una estatua, rígida como una muerta.

—Hija mía—prosiguió el Rey con la desesperación del que se juega su última carta—. Sólo una solución puede haber para que el conflicto no se convierta en tragedia. Si no fuera cierto que te hubieras casado con el Príncipe, si pudiéramos probárselo al pueblo, anunciando al mismo tiempo para breve plazo la boda de don Pedro con doña Blanca, si...

Pero Inés no le dejó seguir. Moviendo negativamente la cabeza y con voz que parecía venir de muy lejos, manifestó:

—La boda se ha realizado. Estoy casada y bien casada con el Príncipe.

Llevóse el Rey las manos al rostro, vaciló y exclamó con voz desgarrada:

—Entonces, Inés, has de morir.

Y salió de la quinta tambaleándose.

Allí quedaban Egas Coello y Alvar González, los encargados de la terrible ejecución.

Allí quedaba Inés, más bella que nunca con su blancura de nieve, con su inmovilidad de estatua...



Ya comenzaba el príncipe a impacientarse. Más de tres horas llevaba esperando, y todavía no daba Brito señales de vida.

¿Habría sobrevenido algún contratiempo? ¿Habría sorprendido el Rey a su escudero, interceptando la carta y mandando prender a su portador? ¿Habría...?

Mas no tuvo tiempo de formularse la nueva pregunta. Por la más próxima revuelta del camino aparecieron dos majestuosos y enlutados personajes. El uno era el Condestable

de Portugal y el otro don Nuño, también cortesano de representación y alcurnia.

Si extrañeza produjo a don Pedro la aparición de las ilustres personas cuando sólo a Brito esperaba, más le sorprendió aún el verlos tan graves y enlutados.

—¿Qué sucede? ¿por quién lleváis esos lutos? ¿qué nuevas me traéis?—inquirió ansiosamente, sin esperar a que llegaran a su lado.

Y el Condestable fué a responder, pero la turbación ató su lengua.

—Decidlo vos, don Nuño—fueron las únicas palabras que el Condestable se atrevió a formular.

—¡Hablad pronto!—exigió el Príncipe—. ¿Qué os motiva dudas tantas?

Y entonces don Nuño exclamó, al mismo tiempo que caía de rodillas ante don Pedro:

—A las reales plantas de vuestra Majestad.

Sobrecogió al Príncipe la reveladora frase. Majestad era tratamiento que únicamente al Rey correspondía, y él sólo podía ser Rey habiendo muerto el que hasta entonces llevara la corona de Portugal.

—¿Luego ha muerto el Rey? ¿ha muerto

mi padre?—preguntó tendiendo los brazos en una súplica desgarradora.

—Sí—repuso el Condestable con la cabeza truncada sobre el pecho—. En la quinta de Coello, tan próxima de esta como de la que es vivienda de vuestra esposa, ha entregado su alma a Dios.

El Príncipe, aturdido y turbado, se pasó una mano por la frente.

—¡ Cuán extraño es todo eso que me decís ! ¿Cuál ha sido el motivo de la desgracia?

—Un accidente, señor, de los que ya vuestro padre había sido víctima otras veces. Esta tarde sufrió una emoción demasiado violenta y no la pudo soportar. Se sintió enfermo, se retiró a la quinta de Egas Coello y allí murió. Esto es, señor, lo ocurrido.

Grande era el dolor de don Pedro, pero ello no le impidió experimentar un sentimiento de alegría al pensar en su Inés. Ahora, libre ya de la autoridad de su pobre padre, sólo a él incumbía dar solución al conflicto creado por la Infanta de Navarra. Ahora—¡ oh, Dios infinito !—no sólo desengañaría a doña Blanca definitivamente, sino que haría públi-

ca su boda con Inés y ceñiría a su frente la corona de reina.

No pudo contenerse y, mitad de amargura por la muerte del amado padre, mitad de placer por la redención de su amada esposa, rompió a llorar.

—Vamos, vamos pronto, amigos míos. Anhelo ceñir a la frente de mi Inés su corona de reina. La alegría de este suceso me compensará del dolor del otro. Ya que me falta el calor paterno, reciba mi corazón el consuelo de sentirse cerca de mi esposa. ¡ De mi esposa, sí ! Ahora puedo decirlo en voz bien alta. ¡ Doña Inés de Castro es mi esposa !

A estas palabras del nuevo Rey de Portugal, aumentó la turbación y la pena que los enlutados cortesanos sentían.

—¡ Pobre don Pedro !—murmuró el Condestable al oído de don Nuño—. ¡ Si él supiera !... Decídselo vos. Yo no me atrevo.

—También yo soy un hombre, Condestable. Pero si es preciso...

E interrumpiendo los transportes del Rey, añadió :

—Majestad, vuestra Inés...

Enmudeció don Pedro. El rostro grave de don Nuño, su trémula palabra, llevaron a su alma una espantosa sospecha.

—¿Qué? ¡Hablad pronto! ¡Decid!

Y sus manos se aferraban a los hombros de don Nuño y le sacudían.

—¡Decid, decid!

—¡Ea, es preciso! — exclamó el caballero—. Valor, Majestad. Vuestra esposa ha muerto.

—¡Dios mío!—exclamó el Rey.

Fué desapareciendo el color de su rostro, vaciló y cayó desvanecido.



Cuando volvió en sí, requirió su capa y su sombrero y ordenó:

—Vamos.

—¿Dónde, señor?

—¿Dónde puede ser? ¿Creéis que puedo permanecer aquí mientras el cuerpo de mi esposa yace a una legua de distancia?

Salieron. Habían llegado los carruajes que el Condestable requiriera previsoramente.

Subió el Rey y ordenó a los lacayos:

—¡A la quinta de doña Inés! ¡A toda prisa!

Resonó el látigo, piafó la cuádriga y voló el carruaje.

Durante el camino, el Rey pareció un cadáver o un somnámbulo. Tenía fiebre. Sus labios murmuraban palabras ininteligibles. Lo único que claramente se percibía entre sus susurros era el nombre de Inés una y otra vez repetido.

Cuando llegaron, saltó el Rey del coche y corrió hacia el aposento de su querida muerta.

En la puerta halló a doña Blanca, enlutada y con huellas de llanto en el rostro.

—Señor, yo sé quién la ha matado. Fueron Coello y González, los traidores. Cuando me enteré de que hacia aquí venían con tan terribles propósitos, salí en pos de ellos con ánimo de evitar el crimen. Pero llegué tarde. Señor, os juro que tanto como a vos me indigna el crimen y que si antes os detestaba, ahora comparto vuestro dolor. Una Infanta de Navarra puede ser orgullosa y altiva hasta la fiereza, pero no criminal. Parto

al punto para mi país. Aquí queda, no sólo mi perdón por la afrenta recibida, sino mi sentimiento por vuestra gran desventura.

Y se fué, en tanto el Rey transponía el umbral del mortuorio recinto y, deteniéndose al borde del lecho en que yacía el cuerpo sin alma de su Inés, exclamaba:

—Inés, esposa mía, juro seguir amándote muerta como te amé en vida. Juro vengarte; juro que mis manos mismas darán muerte a los asesinos. Ni Coello ni González podrán librarse de mis iras.

Y cayó de rodillas y se abrazó y regó de lágrimas el yerto y blanco rostro.

Levantóse luego y exclamó:

—Condestable, os encargo de su entierro. Que se le rindan todos los honores que corresponden a una Reina. Que sea llevada hasta Alcobaza con toda pompa y que el camino esté cubierto de blancas antorchas en sus diecisiete leguas. Y tú, Nuño, ve y pide a Violante la corona que a mi esposa entregué al unirme a ella en matrimonio, como prueba de que algún día reinaría feliz.

Y cuando volvió Nuño con la corona, la ciñó a la frente de la difunta y añadió:

—¡ Inés, Inés adorada! Te prometí que reinarías y que serías feliz pero sólo una cosa ha querido Dios que consiga. No ha habido felicidad para ti, como tampoco para mí la hubo ni la habrá. Pero si mi frente ha llegado a ostentar la corona de rey, a la tuya se ha ceñido la de reina... Pues sabed, cortesanos (y antes de que muera el día habréis de publicarlo en todo Portugal) que su reina es doña Inés de Castro.

Y todos los presentes desfilaron por el lado de la difunta y besaron ceremoniosamente su fría mano.

Entretanto, el rey volvía a doblar la cabeza sobre el desgarrado pecho y reanudaba aquel llanto que no tendría tregua ni consuelo.

He aquí cómo doña Inés de Castro Coello y Garza, reinó después de morir.



...reinó después de morir.

EL ASOMBRO DE TURQUÍA O EL VALIENTE TOLEDANO

I

Era ya media noche cuando irrumpieron en cierta calleja de Sicilia dos personajes, enzarzados en viva plática.

El uno iba vestido de soldado, y el estado de sus ropas denunciaba su pobreza. Llamábase don Francisco de Ribera, que así le nombró su acompañante.

El otro tenía el nombre de Beltrán y era criado del anterior, siendo todo ello muy fácil de deducir con sólo escuchar la conversación que sostenían.

Ribera, pese a su evidente miseria, sabía imprimir a su continente cierta hidalguía de

paladín y de caballero. Beltrán, en cambio, con no ir peor trajeado que él, evidenciaba que era tan pobre de caudales como de sentimientos y que, si estrecho era su peculio, de no menor estrechez adolecía su espíritu.

Una comparación con don Quijote y Sancho no sería inoportuna ni falsa. Dejémosla sentada, pues, y agucemos el oído para escuchar a nuestros héroes, aunque este título no cuadre muy bien a uno de ellos.

—Gracias a los Cielos doy—decía Ribera, el soldado—de haber llegado al fin a Sicilia, donde confío hallar fortuna y renombre.

—Buena falta nos hace, amo mío.

—La escasez, Beltrán, nunca fué signo de bajeza.

—Cierto, señor, y tú eres el mejor ejemplo de ello, pues, si la fortuna te ha abandonado, la nobleza sigue apegada a ti con ahinco... Sin embargo, señor—y este razonamiento no tiene réplica—más de un día hemos pasado los dos en ayunas, sin que tu hidalguía haya podido ampararnos.

—Cierto, Beltrán, que es dura prueba quedarse sin alimento para aquel que sólo en

comer piensa. Y también para mí constituye una humillación, pues no es la miseria el pago que merecen mi ecuanimidad y mi hidalguía. Pero te he dicho y te repito que confío en que esto concluya muy pronto. Ya en Sicilia, me presentaré al Duque de Osuna, Virrey y Capitán General, y espero que este bravo y generoso caudillo me haga la justicia que no han querido o sabido los demás hacerme.

—¡ Señor !—exclamó Beltrán con tono de imploración—. ¡ Hágalo así el Cielo ! ¡ Apiádese al fin Dios de estos dos estómagos, digo, de estas dos almas !

Y siguieron, silenciosos, su camino calleja arriba.

De súbito, oyeron un grito y rumor como de carreras y luchas.

—Es más arriba, Beltrán. ¡ Corramos !

—¿ Con qué objeto, señor?

—Con el de ayudar al que la razón lleve o el de salvar al que esté en peligro.

—¡ A fe que ignoras, amo mío, las leyes de la correspondencia ! ¿ Quién procuró por nuestros estómagos cuando pasaron días y noches de vacío?

—¡Corre!—se limitó el soldado a replicar emprendiendo rauda carrera.

Sólo se detuvo cuando llegaron frente a la casa de la que partían los ruidos y las voces.

—Aquí es, Beltrán. Y puesto que la puerta está franca, al punto voy a entrar a socorrer a quien lo necesite.

—No cometas locura semejante. Ya que esta noche tenemos cena y cama segura, aprovechémonos.

Pero el soldado, sin prestar oídos a las palabras del siervo, corrió hacia el umbral y se perdió en la sombra de la casa.

Buscaba Beltrán el portal o la encrucijada más segura para ponerse a cubierto de posibles imprevistos, cuando volvió a aparecer su amo acompañado de un caballero.

—¿Estáis herido?—preguntó Ribera.

—No—repuso el desconocido—. Mas a buen seguro lo estuviera de no acudir tan oportunamente en mi ayuda vuestro brazo.

—El azar quiso que os pudiera servir.

—Pero no es mi persona la que importa, sino la de una mujer que queda ahí dentro en grave peligro.

—¡Volvamos, pues, a salvarla!—exclamó Ribera.

Pero el desconocido caballero le detuvo.

—Yo no puedo volver a entrar. El Virrey está en esa casa, y siendo yo don Félix Mendoza, de palacio, el encuentro con la suprema autoridad de Sicilia representaría una ruina para mí. Pero ya mi espada ha cumplido con su deber, dando en el suelo con uno de los que a la dama querían dar muerte. Puesto que tan valiente y generoso sois, entrad vos a salvarla, ya que el hecho de que el Virrey, Duque de Osuna, os vea, no puede acarrearos ningún perjuicio... Id, id pronto. Oigo pasos y podría ser el Virrey. Debo huir al punto.

Y ya transponía Ribera el umbral, cuando el caballero le dirigió sus últimas palabras.

—Ya sabéis. Félix de Mendoza me llamo y en Palacio me podréis hallar.

Volvió a quedar desierta la calle al desaparecer por una esquina el caballero y sumergirse el valiente soldado en la sombra de la casa.

Beltrán, desde un portal próximo, seguía siendo mero espectador de las dramáticas escenas.

El miedo de un lado y el apetito de otro, le hacían anhelar que terminara cuanto antes la aventura.

Lanzó un suspiro y se resignó a esperar.

El fragor de la lucha, las carreras y las voces, se hicieron de súbito más perceptibles y su proximidad fué aumentando de segundo en segundo.

Otra vez aparecieron formas humanas en la penumbra de la calleja. Otra vez sintió Beltrán no hallarse ya bien recogido en su aposento.

Los que ahora habían salido de la casa eran en número de tres. Dos de ellos con cuchillos en mano, y el otro, desenvainada la espada. Retrocedía éste, pues los otros dos iban unidos en contra suya y eran dos los brazos cuyos golpes había de evitar.

Bramó el caballero de la espada:

—¡ Ah, villanos ! ¿Contra mí os atrevéis?

Y entonces, uno de los que le atacaban, acercó sus labios al oído del otro y le dijo:

—Es el Virrey.

Y bastó esta observación para que ambos pusieran pies en polvorosa.

No se explicó Beltrán la repentina huída de

los dos aliados, pues ignoraba lo que hubiera podido decir uno de ellos al aproximar sus labios al oído del otro. Ignoraba que el caballero de la espada era el Duque de Osuna, Virrey de Sicilia, y que sus enemigos le habían reconocido.

Apenas emprendieran éstos la fuga, apareció Ribera con la espada en la mano.

—¡ Vayamos en pos de ellos, señor ! El miedo no les deja huir y les daremos alcance fácilmente.

—No es mi intención seguirles—repuso el Virrey—. Vayan enhoramala.

Acató Ribera la intención del Duque y manifestó :

—No me importa quién seáis, pues me basta con defenderos ; pero sí quisiera saber, señor, qué es lo que aquí dentro sucede.

—Deciros quién soy no puedo, y tampoco lo que en esa casa ocurre, porque no lo sé. Mas...

—Perdonad, señor, que os interrumpa. No es ahora tiempo de palabras. Una dama que no sé quién es, pero que se halla ahí dentro

en peligro—de esto estoy cierto—reclama mi presencia.

—Eso mismo fué lo que me impulsó a mí a entrar. ¡ Vamos, pues !—dijo el Duque.

—¿ Me acompañáis ?

—Dejaros solo no puedo, porque os debo gratitud.

Y ambos volvieron a lanzarse portal adentro.

—¡ Vaya !—exclamó Beltrán—. Está visto que he de pasarme la noche aquí. Estas son las ventajas de ser criado de un héroe.

Y se recostó en el quicio, cruzándose de brazos.

Pasó un minuto... otro... De pronto, oyóse ligerísimo rumor de pasos. El rumor fué haciéndose más perceptible y apareció una dama en el marco de la puerta.

—¡ Cáspita !—exclamó Beltrán.

Si algún defecto tenía, era el de ser un poco tenorio. Por eso la aparición de aquella mujer le hizo olvidar que estaba sin cenar y sin dormir, pese a lo avanzado de la hora.

Avanzó hasta el borde de la acera y llamó.

—¡ Psí, psí !

La dama, que se hallaba en el umbral mirando con aire de vacilación a un lado y a otro, al oír la llamada de Beltrán, corrió hacia él.

—Quienquiera que seáis, caballero, socorredme.

—¿Qué teméis?—preguntó Beltrán.

—Que me vean los que me persiguen. Huyamos presto. ¿Tenéis dónde esconderme?

A la memoria de Beltrán acudió de súbito cierta frase que su amo le había dirigido al entrar en aquella calleja donde tantas cosas estaban ocurriendo: «Al final de esta calle, a mano derecha, sobre la botica, está nuestro alojamiento. He aquí las llaves que mi amigo, su dueño, nos entregó al cruzarse con nosotros en el camino».

Se palpó Beltrán los bolsillos y al comprobar que allí estaban las llaves, adoptó una actitud olímpica y repuso a la pregunta de la dama:

—¡Vaya si tengo dónde ocultaros! Venid a mi casa. En ella hallaréis comida, cama y todo cuanto podáis desear.

—Vamos pronto. Temo que salgan de un momento a otro y me vean.

—Estáis conmigo, señora, y nada debéis temer—dijo Beltrán osadamente.

Mas, por si acaso, se apresuró a llevarse a la dama calle arriba.

II

Ribera y el Virrey subieron las escaleras de la casa que había sido teatro de la contienda y recorrieron la morada dando voces.

Como la casa estaba completamente a obscuras, la requisa fué en extremo dificultosa.

—¡Ah, de la casa!

—¿Quién hay aquí?

Mas sus voces no tenían respuesta ninguna. Unicamente el eco les contestaba.

Cuando calcularon que ni una sola habitación de la casa quedaba por recorrer, comprobando que en ninguna de ellas había persona alguna, viva cuando menos, volvieron sobre sus pasos y de nuevo salieron a la calle.

—¡Es asombroso!—exclamó Ribera.

—¡Es extraordinario!—confirmó el Duque.

—¿Dónde está la dama?

—Y si la han matado, ¿dónde están los asesinos?

—No pueden ser los que huyeron de vuestra espada, pues después de este suceso las voces femeninas se dejaron oír de nuevo.

—En fin—dijo el Duque—, demos por terminada la aventura.

—Pero perdonad, señor. Vos, que antes que yo habéis entrado en esta casa, ¿no podéis aclararme lo ocurrido? Yo pasaba por aquí, oí voces, entré, hallé la casa a obscuras, ayudé a un caballero que tenía prisa por ausentarse para no ser visto del Virrey, que, según me dijo también estaba aquí: volví a entrar en la casa, tuve ocasión de ayudaros a vos, y esto es todo. Del porqué y del cómo nada sé.

—Pues poco he de añadir a lo dicho por vos. Tampoco yo sé qué es lo que aquí ha ocurrido. Iba rondando al azar, cuando oí voces y entré en la casa con la misma intención que vos habéis entrado. Entonces había luz, pero se apagó de pronto, quedando todo a obscuras antes de que pudiera darme cuenta ni siquiera del número de personas que dentro de la casa había. Oí que una bajaba las escaleras—

sin duda ese caballero que huía de ser visto por el Virrey—y que, tomándome a mí por el fugitivo, me atacaban. Llegasteis vos entonces y ya sabéis lo demás. Ahora sólo me resta preguntaros cuál es vuestro nombre y tenderos mi mano de amigo.

—No os diré, señor, quién soy, ni os lo preguntaré, para que veáis que mi acto ha sido espontáneo y desprovisto de todo interés. Básteos saber que soy un español de Toledo y que he llegado a Sicilia esta misma noche.

—Tanta nobleza me admira, y no he de insistir en saber vuestro nombre, pero, sí os suplico me digáis, cuando menos, a qué venís a Sicilia. Hacedme este gran favor y os quedaré doblemente agradecido.

—Fácil me es haceros tal servicio y al punto os voy a decir qué es lo que me trae a Sicilia. Vengo, señor, porque, informado de que el Virrey ampara a los soldados que se han ejercitado en la guerra, pienso pedirle protección.

Miró el anónimo Virrey al soldado Ribera y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—Una nueva petición he de haceros. Si me obedecéis, quedarán en parte pagados los ser-



Tomad este diamante...

vicios que me habéis prestado tan espontánea y generosamente.

Quitóse de la mano izquierda un anillo en el que un grueso diamante fulguraba y, entregándoselo a Ribera, añadió:

—Tomad este diamante. Id mañana mismo a hablar con el Virrey y entregádselo como prueba de que vais enviado por mí. El como mío lo conoce, y os aseguro que, en viéndolo, no vacilara en atenderos y en prestaros su protección.

Y como Ribera se negara a aceptar objeto tan valioso, el Virrey hubo de decir:

—No os lo doy, sino que os lo presto. Mañana debéis dejarlo en manos del Virrey, y en su poder quedará hasta que yo lo recoja.

—Sólo así puedo aceptar y agradecer, gran señor.

—Entonces, nada nos queda que hablar. El Cielo os guarde y os ayude a realizar vuestros propósitos.

—Id con Dios, noble caballero.

Y mientras el Virrey se iba calle abajo con intención de llegar a su palacio cuanto antes,

Ribera tomó la opuesta dirección, diciéndose que ya Beltrán le esperaría en el alojamiento.

III

Entretanto, Beltrán y la dama que demandara su ayuda habían llegado a la casa que sería desde entonces alojamiento de él y de su amo. Beltrán, que, como buen fanfarrón, decía a docenas los embustes, había presentado a la dama el piso como de su exclusiva propiedad.

—Sentaos con toda tranquilidad y reponeos de vuestras cuitas. Estáis en vuestra casa.

Y, mostrándole la mesa, añadió:

—Acercaos a la mesa. Estaréis mejor. Os daré una copa de buen vino. Eso conviene a vuestros nervios.

Al recorrer la casa para que la dama la viera—y al mismo tiempo para conocerla él—había visto en la despensa varias botellas del mejor vino español. De aquí que hiciera el ofrecimiento con tanta seguridad.

Se fué y volvió con el vino. No había que

pensar en que a hora tan avanzada viniera su amo. ¿Quién podía saber las complicaciones que se habrían derivado de la aventura?

En tanto la dama apenas se llevó el vino a los labios, Beltrán llenó y vació varios vasos seguidos.

Esto le prestó una locuacidad que llegó a aturdir a la dama. Después salió el tenorio que había dentro de Beltrán y las indiscreciones y las galanterías comenzaron a desfilar por sus labios.

Al ver tan osado e inoportuno a su protector, comenzó a aterrar a la dama aquella soledad que hasta entonces no la había preocupado. Creía haber topado con un caballero y era lo cierto que había caído en poder de un desaprensivo tenorio.

Su inquietud fué aumentando por momentos y llegó a no tener otra idea que la de librarse de aquel hombre detestable, la de huir de aquella casa que en vez de refugio era prisión.

Una oportunidad presentósele al punto y no la desaprovechó.

Beltrán había hablado de prepararle una bue-

na cena y la dama aceptó la invitación sin vacilar.

Mientras el galán preparaba la cena, ella huiría. ¿Hacia dónde? Lo ignoraba. El caso era salir de allí.

Y, para poner en práctica su determinación, apenas se fué el don Juan en dirección a la cocina, tomó ella la de la escalera. La luz del comedor llegaba allí con tal intensidad, que la dama, con la sorpresa consiguiente, pudo percibir, antes de llegar a la puerta del piso que por ella asomaba la cabeza y el busto de un hombre.

Asustada, no sabía si volver al antiguo enemigo o entregarse al albedrío del nuevo, cuando oyó que éste decía:

—¿Qué hacéis en esta casa, señora?

—Yo... es... yo—balbuceó la dama.

Pero ya el recién llegado, que no era otro que Ribera, habíase acercado a ella y le decía afablemente.

—Nada temáis, bella dama. Estáis ante un caballero dispuesto a protejeros y a serviros. Si tal pregunta os hice, fué porque me extrañaba el veros aquí.

Al punto comprendió la dama que se hallaba ante un ser de condición moral muy distinto al que habíala llevado a aquella casa, y, guiada de las mejores intenciones, le dijo:

—Voy a pagar vuestra cortesía haciéndoos una advertencia: salid, salid pronto de esta casa, pues el dueño, que en este instante se halla en la cocina, os puede sorprender.

Indecible fué la extrañeza que estas palabras produjeron al soldado.

—¿El dueño de esta casa? ¿Qué decís, señora?... ¡Válgame el Cielo! Apenas me aparto de un confuso laberinto, cuando doy en otro mayor... Si la razón no me falta—y a fuerza de tanto enredo llegará a faltarme—esta casa es la mía. ¿Quién os trajo a ella?

—No sé su nombre. Sólo sé que es locuaz, osado y bebedor.

—No digáis más. Es Beltrán, mi criado.

—En este caso, celebrar debo vuestra llegada. ¿Me protegeréis, señor? Me amenaza un gran peligro.

—Señora—dijo Ribera—, agradezco al Cielo me haya deparado esta ocasión de demostraros hasta qué punto sé respetar y defender

a una dama... Pasad, pasad a este salón y dejemos a ese bribón de Beltrán en la cocina. Deseo me deis cuenta de vuestras cuitas y me digáis en qué puedo serviros.

Pasó la dama confiadamente al salón cuya luz ya había encendido Ribera, y, apenas acomodados ambos, comenzó el relato siguiente :

—Me llamo Rosaura, señor, y soy huérfana. Muertos mis padres, quedé bajo la tutela de un hermano mío, cuyo amor hacia mí era tan grande como el que me profesaron los que me dieron el ser. Este cariño le llevaba a guardarme con excesivo celo. Y esta fué, sin duda, la causa de todas mis desdichas. Yo vivía tranquila y sin pensar en el amor ; pero siempre mi hermano, con sus consejos, me lo hacía presente. A fuerza de oír aquella palabra, quedó grabada en mi cerebro, y de él pasó a mi corazón, donde esperó con impaciencia la llegada del hombre digno de llevárselo. Apareció el galán. Honrado, distinguido, prudente y, sobre todo, pura y profundamente enamorado. ¿Cómo podía rechazarle? Acepté aquel amor y entregué el mío. Quiso el caballero pedir mi mano al que tan celosamente me guar-

daba, pero yo le hice desistir del intento. Mi hermano habríale replicado con la espada. Me hizo a mí la petición y yo ofrecí ser su esposa, correspondiendo a sus juramentos de que sólo conmigo había de casarse. Las cosas, pues, siguieron como estaban. El rondaba mi casa. Yo me asomaba al balcón. Lográbamos hablar alguna vez a escondidas de mi hermano... Pero esta noche todo ha variado de súbito. Mi prometido tenía que comunicarme algo urgente y se ha presentado en mi casa cuando sabía que mi hermano había salido. Era más de media noche. Por eso él apenas de la puerta pasó. Pero mi hermano, que, sin duda, espiaba, se presentó de súbito, interrumpiendo nuestra conversación. No me dió tiempo a ruegos ni explicaciones. Exclamó loco de ira : «¡ Ah, infame, has manchado tu honor y el mío !»... y desenvainó la espada. Mi prometido, sin otra intención que la de defenderme, empuñó la suya y el duelo se entabló. Pronto mi hermano cayó herido en el suelo. Los criados comenzaron a dar voces injuriosas contra mí dirigidas y yo a defender mi honor también a gritos. En este momento, el Virrey que, como de costum-

bre, rondaba, subió a poner paz. Comprendí al pronto, al ver al Duque, el peligro que mi prometido corría y apagué todas las luces de la casa. Huyó el que será mi esposo, y los criados, tomando al Virrey por el fugitivo, se abalanzaron sobre él. Todo quedó en silencio. El Virrey había huído seguido de los criados y sólo quedamos en la casa mi hermano y yo. Fuí a acercarme a él para auxiliarle, pero de pronto, oí sus pasos y sus gritos amenazadores. Pese a su herida, tal era la furia que aquel pecho abrigaba contra mí, que mi hermano se había puesto en pie y me perseguía. Huí a mi aposento, abrí la ventana, no me atreví a saltar y me escondí en el rincón más obscuro del recinto. Llegó mi hermano. Al ver la ventana abierta, creyó que por ella había huído yo y no vaciló en dar el salto. Le vi correr a través del campo que hay al otro lado de la casa y me consideré casi a salvo. Sólo me restaba salir a la calle antes de que él volviera. Pero aun hube de vencer un nuevo obstáculo. El Virrey había vuelto a entrar en la casa acompañado de otro hombre. «¡ Ah, de la casa !», gritaban. «¿Quién hay aquí?» Lejos de res-

ponder, gané sin hacer el menor ruido la puerta de la escalera y pronto me vi en la calle. Me tropecé a vuestro criado, le pedí protección, me trajo aquí... y ya sabéis lo demás.

Mientras la dama hacia este largo relato, el interés y el asombro de Ribera fueron aumentando progresivamente.

Y cuando Rosaura hubo concluído, el soldado exclamó:

—¿Luego era el Virrey el que entró segundos antes de que las luces se apagaran?

—El Virrey era. ¿De qué os asombráis?

—Señora, he asistido a la aventura que acabáis de referir. He facilitado la huída de vuestro prometido. He acompañado al Virrey en la última requisa, y, para probároslo, os diré el nombre del que ha de ser vuestro esposo. Don Félix de Mendoza se llama.

—¡Cierto! ¡Oh, qué coincidencia!

—Mi empeño, señora, era ayudaros y, cuando creí no poder conseguirlo, he aquí que os hallo en mi casa para poder cumplir tal propósito.

En esto oyéronse voces de Beltrán en el comedor.

—¡Eh, amiga mía! ¿Dónde os habéis metido? ¡Venid, que la salsa huele a gloria!

Pero cuál no sería su asombro al ver que la dama salía acompañada de su amo y que éste le decía:

—Has de respetar a doña Rosaura como a mí mismo en tanto en esta casa se hospede y no habrá cena para ti como no le pidas perdón por la conducta en exceso impertinente que has observado ante ella.

¿Hace falta decir que Beltrán se apresuró a caer de rodillas a las plantas de doña Rosaura, para pedirle perdón?

La cena, ante todo y sobre todo.

IV

Como sabía que el Virrey era madrugador, presentóse de buena mañana en su palacio con el anillo que él mismo le diera en nombre de un imaginario amigo.

Quiso la fortuna que nuestro soldado, en el camino que mediaba de su casa a la del Virrey, se enterase de que la escuadra enviada por



Has de respetar a Doña Rosaura como a mí mismo...

éste contra los turcos, había vuelto sin combatir. Su almirante alegaba que la escuadra turca los doblaba en número y que de antemano podía darse por perdida la batalla.

Estas razones no convencieron al Virrey, cuya bravura rayaba en la temeridad, y censuró el proceder del almirante calificando su acto, no de prudencia, sino de cobardía.

Comprendió Ribera que estos sucesos habrían puesto al Virrey de un humor de todos los demonios, pero también juzgó que los desdichados incidentes ocurridos en mares de Turquía facilitaban la realización de sus propósitos.

Cuando llegó al palacio del Virrey, halló múltiples dificultades para vencer la resistencia de centinelas y guardianes, teniendo que usar de la fuerza y la osadía en la mayoría de los casos.

Se halló al fin en las habitaciones que lindaban con las del Duque y desde ellas oyó la indignada voz de éste que rugía maldiciones contra el fracasado almirante.

—¡ Eh, caballerito ! ¿adónde vas con tanta decisión?

—A hablar con el Virrey.

—¿Adónde está el permiso?

—No tengo permiso ninguno, pues me lo dió de palabra.

—Dime tu nombre y te anunciaré al Duque.

—No importa el nombre. Dile que vengo a entregarle un valioso diamante de parte de un amigo suyo.

Así lo hizo el criado y así pudo llegar Ribera a la presencia del Virrey.

Realizada la devolución del diamante, el Duque, que no sabía estuviera el soldado al corriente de la verdadera personalidad del que en la noche anterior le entregara el diamante, preguntó a Ribera:

—Bien ¿qué deseas de mí y quién eres?

—Soy español, señor. De Toledo. Mi mayor afición fué siempre la guerra y muchos lauros conquisté allá, en la península, pero la envidia de mis compañeros halló siempre la forma de hundirme cuando ya estaba más cerca de la cumbre que del suelo. Mis últimos servicios los presté en Cádiz, cuyo Capitán General llegó a quererme y distinguirme, pero también aquí tuve un enemigo, cierto capitán

que, perversamente, me acusó de un delito que no cometí. Le dí muerte en noble duelo y se me persiguió entonces como asesino. A cuchilladas anduve con mis injuriosos perseguidores; pero, al fin, harto de tanta persecución, resolví salir de España. Supe que vos amparabais a los soldados que eran valientes en la guerra, y a pediros protección vine. Esta mañana, señor, al enterarme del fracaso sufrido por vuestra escuadra, he pensado que acaso en ella podría hallar cabida mi valor.

Estas últimas palabras atrajeron muy especialmente la atención del Virrey, el cual, tras un momento de profunda meditación, dirigió a Ribera la siguiente pregunta:

—¿Tendrás ánimo y valor para tal empresa?

—Si el Cielo me ayuda, contra el mismo infierno iré si es preciso, señor.

—Pues bien. Te nombro capitán de un navío, y si sabes evidenciar tu valor, al mando de cinco volverás a Turquía.

—¿Cuándo hay que partir, excelencia?

—Mañana mismo, pues ya se me han ofrecido otros hombres de valor.

—Contad con el mío, pues. Y estad seguro, excelencia, de que volveré victorioso o quedará mi cadáver en los mares de Turquía.

Y Ribera se apresuró a retirarse para prevenir a Beltrán y hacer los preparativos del viaje.

V

Quiso el Cielo premiar el heroísmo de Ribera, y volvió victorioso de su primer encuentro con los turcos.

El Virrey, satisfecho y agradecido, le nombró general de la armada y le envió de nuevo a Turquía el mando de cinco navíos.

Iba como capitán de uno de ellos don Félix de Mendoza, el prometido de Rosaura, y formaba parte de la tripulación de otro el bravo Beltrán.

Bien podemos llamarle bravo ahora, pues, animado por los evidentes progresos de su amo, había decidido aventurarse también por los senderos del heroísmo y de la guerra.

De otros acontecimientos de importancia habían sido entretanto protagonistas nuestros per-

sonajes. Don Diego, el hermano de doña Rosaura, no cesaba de perseguir a ésta, y don Félix, el prometido de la dama, temiendo por la vida de la que era dueña de su corazón, envióla a Nápoles, al cuidado de una prima suya llamada Leonor, donde debía aguardar su vuelta de la gran campaña.

Llegó al fin el bendito día en que los guerreros habían de regresar a Nápoles, después de un brillante éxito en su empresa.

El Virrey, que había pasado a ocupar tal cargo a Nápoles en un bien merecido ascenso, aguardaba impaciente en su palacio la llegada de los héroes.

En otra mansión napolitana dos pechos de mujer palpitaban con ansia parecida. Ambas aguardaban la llegada de don Félix de Mendoza, prometido de doña Rosaura y primo de doña Leonor.

Resonaron clarines y descargas. Unos minutos de ansiedad y emoción, y don Félix apareció en el umbral de aquel recinto en que dos damas lloraban de alegría.

—¡ Esposo mío !

—¡ Mi Rosaura !

—¡ Primo valiente !

—¡ Querida prima !

Y pronto estuvieron los tres empeñados en alegre conversación.

De súbito, abrióse la puerta y un criado dijo :

—Un caballero desea hablar con don Félix.

—Que pase, si mi primo consiente—manifestó doña Leonor.

—Es que desea hablar a solas con él.

—En ese caso nos retiraremos Rosaura y yo.

Fuéronse las damas y el criado abrió más la puerta para dejar paso al visitante.

Petrificado quedó don Félix al reconocer al caballero. Era don Diego, el hermano de doña Rosaura. Sin duda se había enterado del paradero de su hermana y de que era él, don Félix, el que le hiriera en la noche de la famosa aventura, y venía con ánimo de tomar cumplida venganza.

Vencido el primer momento de sorpresa, dijo don Félix con perfecta serenidad.

—¿ Qué deseáis de mí ?

—Hablar con vos largamente de un asunto que a mi honor atañe.

—Con gusto lo haré, pero en otro lugar y

hora, que ni este momento ni este sitio son a propósito para ventilar cuestiones de honor.

—Decís bien. ¿Puedo confiar en que esta tarde acudiréis a los alrededores del fuerte?

—Allí estaré aguardando cuando vosotros vayáis.

—Quedad, pues, con Dios, don Félix.

—El os acompañe, don Diego.

Retiróse el hermano de doña Rosaura, y ésta y doña Leonor aparecieron con semblante demudado.

—Todo lo hemos oído. ¡No puede haber mayor desdicha para mi corazón!—exclamó doña Rosaura.

—Se ha enterado de todo y te desafía—se lamentó doña Leonor.

—¡Mejor!—exclamó don Félix—. Así quedará todo aclarado y solucionado de una vez.

—Temo por tu vida, esposo mío.

—Confía en mí, Rosaura. Dios me conservará la vida para hacerte feliz.

Dicho esto, salió de la casa. Anhelaba hallarse en presencia del Virrey para darle cuenta de lo sucedido en mares de Turquía.

—Venturoso yo mil veces, señor—dijo cuan-

do estuvo ante el Duque—de volver a hallarme a vuestras plantas.

—Venga el héroe a mis brazos... Y ahora, contadme cómo pasó.

—Brevemente os referiré lo más saliente de la hazaña. Cuando llegamos con nuestros cinco navíos a la costa de Túnez, el enemigo, que sin duda estaba enterado de nuestros propósitos, nos esperaba con diez naves. No sólo estas, sino los tripulantes, nos doblaban en número, y ello fué causa de que tres de nuestros capitanes, con toda la tripulación de los barcos que mandaban, opinasen que se debía renunciar a combatir, por juzgar que el fracaso era inevitable. ¡ Oh, señor ! De ver fué entonces el fiero gesto de vuestro general don Francisco de Ribera. Un rugiente león parecía. Arengó a los suyos y dijo a los capitanes que discordaban de su opinión : «No quiero mandaros como General ; sólo os digo que toméis ejemplo de este compañero». Y, emproando su nave hacia las turcas, dirigióse a ellas. Tan heroica y encarnizada fué la lucha, que las demás naves acudieron al lugar de la contienda. Los capitanes, enardecidos y avergonzados de

sus pasadas indecisiones, trataron de borrar su falta, combatiendo de tal modo, que su vida estuvo en constante peligro. Y el resultado fué que el enemigo, humillado y maltrecho, perdidas siete de las diez naves y la mayoría de sus hombres, retiróse a la costa. Señor, el verdadero héroe, el asombro del enemigo, ha sido nuestro General. A él corresponde enteramente el honor de la victoria.

Y como quiso el azar que el héroe, don Francisco de Ribera, hiciera su aparición en aquel preciso instante, el Virrey le abrió los brazos y pronunció estas palabras:

—General, amigo mío, os nombro almirante de mi armada.

* * *

Por la tarde, cuando don Diego acudió a la cita, ya le esperaba don Félix.

—Grande es la gratitud que os debo, capitán, por haber acudido tan puntualmente a la cita.

—Decid lo que deseáis—repuso don Félix.

—Pues deseo vuestra ayuda y vuestro amparo.

Profundo fué el asombro de don Félix al oír estas palabras. Esperaba la señal para desnudar el acero y he aquí que obtenía una humilde demanda de protección.

—No comprendo—es todo lo que pudo responder.

—Os lo explicaré, don Félix. Es el caso que quiero vengarme de un hombre que ha manchado mi honor. Pero ese hombre está ahora tan alto, que temo no poder realizar sus ansias de batirme con él.

—¿Qué os ha hecho ese caballero?

—Ofender gravemente a mi hermana.

Cada vez era mayor el asombro y la confusión de don Félix.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó.

—El actual almirante de la Armada, don Francisco de Ribera.

—¿Qué decís? ¡Es imposible!

—Estoy bien enterado, Capitán. Una noche le sorprendí con mi hermana en casa. Se refugiaron en una habitación donde la luz era escasa, y no pude ver el rostro del malvado.

Reñimos. El Cielo favoreció a su brazo y fuí herido por su espada. Huyó el enemigo sin que le pudiera reconocer, pero días después me informó un criado de que el tal era un español recién llegado a Sicilia.

—¿Y en qué se fundaba el criado para hablar así?

—En que Rosaura se refugió aquella noche en su casa. La prueba es irrefutable.

—Sin embargo...

—No pretendáis disculparlo, don Félix. ¡Es él! ¡No me cabe duda! ¡Y necesito vengarme! A vos recurro porque sé que sois un hombre de honor. ¿Me ayudaréis?

Vaciló don Félix. ¿Debía permitir que don Diego siguiera dudando del Almirante? ¿Debía declararse culpable para batirse al punto con el hermano de doña Rosaura? Estaba seguro de darle muerte, pues ya le probó cierta noche la superioridad de su brazo. Pero esto mismo fué lo que le impulsó a aceptar el plan primero. ¿A qué arrebatar inútilmente una vida? Callaría y, en consulta con el mismo don Francisco de Ribera, buscaría el modo de

solucionarlo todo satisfactoriamente y sin que se derramara una gota de sangre.

Por eso tendió a don Félix la mano y le dijo :

—Prometo ayudaros.

VI

De nuevo partieron los guerreros a bordo de sus naves. De nuevo los corazones de doña Rosaura y de doña Leonor sufrieron la angustia de la ausencia.

Esta vez habíase quedado Beltrán, por considerar que era preferible dejar a su amo realizar sólo las heroicidades. Se estaba mejor en casita que por esos mares de Dios con la vida pendiente de un hilo.

Don Diego no pudo ver realizados sus propósitos antes de que don Félix partiera, porque la marcha fué inesperada. Todo lo que consiguió fué obtener del capitán la palabra de que le escribiría.

No sospechaba don Félix las complicaciones que esta promesa iba a originar.

Diariamente, acudía don Diego a casa de

doña Leonor por si se había recibido carta del guerrero. Y el azar dispuso que, durante una de estas visitas, se presentara el portador del correo con tres cartas.

Una de ellas era para doña Rosaura, pero el portador de los pliegos estaba bien prevenido, y sabía que sólo podía entregarlo a doña Leonor cuando no hubiera nadie delante. Los otros dos podían entregarse sin cuidado; pues el uno era para la propia doña Leonor y el otro para don Diego, allí presente.

Tomó cada una el suyo, lo abrieron y comenzaron a leer. Conforme avanzaban en la lectura, ambos rostros iban reflejando una mayor extrañeza.

El pliego que don Diego tenía en la mano decía:

«Te encomiendo sigas velando con verdadero celo por Rosaura, la dulce amada mía, a quien también escribo. Cuida muy especialmente de que su hermano, don Diego de Castro, siga ignorando estos amores, ya que cree que es el Almirante y no yo el que aquella noche se batió con él en su propia casa...»

Sin seguir adelante, alzó los ojos al prin-

cipio de la carta y leyó la frase siguiente: «Estimada prima Leonor».

Todo lo comprendió al punto. Don Félix había equivocado los sobres, enviándole a él la carta escrita para doña Leonor y a ésta la suya.

Al darse cuenta del error, la dama trató de arrebatar el pliego que don Diego tenía entre las manos, pero no lo consiguió.

Y el caballero pudo leer y releer aquellas frases que tantas y tan importantes novedades llevaban a su cerebro:

—Tomad vuestra carta—dijo al fin estrujándola y arrojándosela a la turbada doña Leonor—. No la necesito ya. La revelación ha sido tremenda. Ahora sí que sé con certeza quién es el infame. Ahora sí que podré realizar la anhelada venganza. Bendito error que tanta luz trae a mi pensamiento. Doña Leonor, rogad por vuestro primo. Se avecina su regreso. ¡Gracias, gracias, Dios mío!

* * *

Tenía razón don Diego. Tan próxima esta-



De nuevo venían victoriosos.

ba la vuelta de los héroes, que no transcurrió una semana sin que pisaran el suelo de Nápoles.

De nuevo venían victoriosos. Pero esta vez el éxito fué de tal magnitud, que Nápoles dispensó a los héroes un indescriptible recibimiento.

Clarines y tambores resonaban sin cesar. Antorchas y guirnaldas de flores cubrían el camino. El pueblo en masa agolpábase en torno a los arcos triunfales.

El Virrey aguardaba en su palacio con impaciencia jamás sentida. De súbito, la gritería aumentó y los tambores y clarines resonaron con más fuerza.

—¡Los héroes! ¡Los héroes!

Llegaron por fin a presencia del Virrey. Este, emocionado, se dirigió hacia Francisco de Ribera, que iba delante, y le estrechó entre sus brazos.

Cuando todos los capitanes de la escuadra estuvieron ante él, exclamó:

—Que nadie se despoje de sus galas ni de sus trofeos. Hoy mismo partiréis hacia España para recibir la felicitación del Rey. Así lo

ha dispuesto Su Majestad. He aquí cómo premia vuestro monarca a los que saben servirle.

Y en la calle seguía resonando, como zumbido de inmensa colmena, la gritería del pueblo que aclamaba a los héroes.

VII

Cuando Rosaura supo por un mensajero, enviado por el propio don Félix, que su prometido habíase visto precisado a partir hacia España, estuvo a punto de desvanecerse.

Ni siquiera había ido a estrechar su mano en las horas que mediaron entre su llegada y su partida. El mensaje alegaba la premura con que dispuso el Virrey la marcha, pero estas son malas razones para un corazón enamorado.

De aquí que doña Rosaura cayera, más que se sentara, en un sillón y rompiera a llorar su desengaño y su desconsuelo.

—¡No me ama! ¡No me ama, Leonor! Bien me lo ha demostrado. Se ha vuelto a marchar sin verme.

En el corazón femenino de doña Leonor

tampoco había disculpa para tal proceder, y, decidiéndose, en un arranque de nobleza, por la causa de su amiga, exclamó :

—Primo mío es ; pero si faltara a la palabra que te ha dado, yo misma sería capaz de vengar la afrenta. Cuenta conmigo, Rosaura. Te ayudaré en todo y por encima de todo.

La afligida novia, que lloraba y meditaba al mismo tiempo, se puso en pie de súbito.

—¡ Iré a España !—exclamó—. Y si se niega a cumplir su promesa, el pueblo y el Rey tendrán conocimiento de su villanía.

Doña Leonor usó de todos los razonamientos para hacer desistir a Rosaura de sus arriesgados propósitos. Pero como ésta se mostrara cada vez más firme en su resolución, acabó por decir :

—Está bien. Hágase tu voluntad. Dispuesta estoy a acompañarte.

Arrojóse doña Rosaura en brazos de su fiel amiga, y entre besos y sollozos fué expresándole su gratitud.

Y así, abrazadas, permanecieron, hasta que se abrió la puerta y apareció el rostro demu-

dado de un caballero bien conocido por las dos afligidas damas.

—¡ Ah, infame ! ¡ Al fin te encuentro ! ¡ Encomienda tu alma a Dios !

Era don Diego. Pero esta vez Rosaura le miró serenamente y repuso.

—Razón tienes, hermano mío. Don Félix es un villano. Me dió palabra de matrimonio y ahora olvida su promesa para marcharse a España. Pero en tu mano está vengar tal afrenta. Parto hacia España con doña Leonor. Tu compañía nos sería muy útil.

La serenidad, la energía con que hablara Rosaura, desarmaron a don Diego y le hicieron comprender que el ultraje era fácil de borrar.

Volvió a mirar el rostro de su hermana y vió los ojos de ésta fijos serena y limpiamente en los suyos.

Ello le movió a responder :

—Partiremos los tres hacia España.

* * *

Cuando llegaron, aun había vestigio del re-

cibimiento tributado a los héroes. En su camino desde Cádiz a la Corte no cesaron de obtener pruebas del homenaje que el pueblo español había rendido a los guerreros victoriosos.

El nombre del Almirante corría de boca en boca y también don Félix era mencionado con admiración.

Varios días estuvieron dando vueltas y haciendo preguntas en Madrid sin lograr descubrir el paradero de don Félix. La exaltación reinante producía un desorden que dificultaba grandemente la empresa. Y ya comenzaban a desconfiar de dar cima a sus propósitos, cuando Rosaura tuvo una feliz idea.

—Fácil nos será dar con el paradero del Almirante, y él nos ayudará a encontrar a don Félix.

Al punto se dirigieron a Palacio, y, hospedado allí mismo, hallaron a don Francisco de Ribera.

El Almirante les dispensó un cordial recibimiento y aceptó las excusas de don Diego por haber dudado de su generosidad.

Los tres visitantes expusieron sus quejas, cada uno a su modo, y no hubieran cesado de

hablar si el Almirante no les interrumpiese.

—En suma—manifestó—lo que deseáis, amigos míos, es que os indique el paradero de don Félix. Pues bien, voy a hacer más aún...

Y, requiriendo la presencia de un criado, le dijo:

—Ve en busca de don Félix y dile que le aguardo aquí para resolver un asunto de suma urgencia.

Los tres visitantes se abalanzaron de nuevo sobre don Francisco de Ribera y le aturdieron con las más diversas expresiones de gratitud. ¡ Qué generoso ! ¡ Qué caballero ! ¡ Qué cumplido era el Almirante !

Media hora escasa llevaban aguardando, cuando se oyeron unos pasos firmes y seguros que se aproximaban.

Todos volvieron la vista hacia la puerta y allí la mantuvieron hasta que apareció en el umbral la figura de don Félix.

Lo que entonces sucedió en aquel recinto no es para descrito con palabras. Don Félix quedó primero inmóvil y mirando a Rosaura con esa expresión del que se resiste a dar cré-

dito a sus ojos. Transcurridos unos segundos, y entre el asombro de los presentes, corrió hacia su prometida lanzando exclamaciones de gozo.

—¡Mi Rosaura! ¡Rosaura mía!

Y después, reparando en la presencia de don Diego, exclamó:

—Ya veo que a ella la habéis perdonado. ¿Me perdonáis también a mí?

Y don Diego abrió a don Félix los brazos.

—Deseo ser padrino de esa boda—dijo entonces el Almirante.

—Aguardad—replicó don Diego—que quiero lo seáis de la mía.

Y, volviéndose hacia doña Leonor, le hizo la pregunta que ya en otras ocasiones estuvo a punto de hacerle.

—¿Me concedéis la dicha de ser mi esposa?

Y doña Leonor, que ya había adivinado este amor que silenciosamente palpitaba en el pecho de don Diego, se limitó a inclinar la cabeza en un gesto mitad pudoroso mitad afirmativo.

Todo se había solucionado felizmente. La paz y el amor había vuelto a nacer en aque-

llos corazones pasajeramente turbados por el recelo y la ofuscación.

Manifestaremos, para terminar, que don Francisco de Ribera, el asombro de Turquía y del mundo entero, el soldado que había llegado a Almirante, fué padrino de las dos bodas y que las dos parejas gozaron desde entonces de igual ventura.

EL CERCO DE ROMA POR EL REY DESIDERIO

I

Fué a fines del siglo IX. Reinaba a la sazón en Castilla Alfonso II *el Casto* y en Francia el héroe de héroes que asombró al mundo entero con su hazañas : Carlomagno.

El rey longobardo Desiderio había puesto estrecho cerco a Roma, y la Iglesia, con su papa Adriano en el trono, se debatía angustiada bajo la opresión del cruel longobardo.

¿Habrá existido en el mundo otro ser que a aquél pueda compararse en crueldad, en barbarie, en bajeza? No, sin duda no ha existido. El rey Desiderio era un monstruo que mataba por el placer de matar, que se recreaba

ante el triste espectáculo de la sangre derramada, que se enorgullecía de no haber sentido jamás un afecto, que ofendía bárbaramente a Dios y a la Iglesia con su aversión fanática, que se regocijaba ante los triunfos del mal...

Gran número de fanáticos le seguían ciegamente, que entonces el alma humana adolecía de múltiples imperfecciones y la maldad era dueña y señora de gran parte del mundo.

Este era el Rey que había puesto cerco a Roma con ánimo de abatir la soberanía de la Iglesia, representada por su papa Adriano.

Un día presentóse en su tienda un arrogante romano solicitando audiencia con él.

—¿Quién eres y cómo te atreves a interrumpirme?

—Soy el cardenal Leoncio, y vengo de Roma en calidad de embajador.

—Vuélvete con tu embajada y déjame descansar.

—Oyeme, longobardo. Soy diestro en el arte de la guerra porque el Sumo Pontífice me nombró general de sus tropas. A cien comba-



— Oyeme, longobardo.

tes he asistido y he conquistado para la Iglesia muchas de las ciudades que ahora posee.

—¡ Qué enojo ! ¡ Qué fastidio ! ¡ Vete, gran necio, y déjame descansar !

—Oyeme, longobardo. Francia y España vienen en nuestro auxilio. También Borgoña, Sicilia, Génova y desde Corinto a Rodas, se disponen a ayudarnos, que no hay en el mundo nación católica que soporte el agravio de que haces objeto a la Iglesia.

—¿ Tendré paciencia para soportar tanta osadía ?

—Oyeme, longobardo. Levanta el sitio y huye a tus tierras. Vete muy lejos de estos santos lugares que con tus plantas profanas. Los mejores guerreros con que el mundo cuenta vienen contra ti. Estás en peligro...

—Calla, necio. Para mí no hay guerreros buenos ni malos. Todos son igualmente despreciables.

—¿ Qué dices desdichado ? Italia sola para rendirte bastara.

Irguióse en este punto el Rey longobardo y bramó :

—¡ Ea ! Se acabó mi paciencia. Valiente ge-

neral que en cien batallas has combatido por la Iglesia, humilla tu espada y considérate preso.

—¿Preso? ¿Qué dices?

—Así lo decreta mi soberanía.

—¿Sabes que faltas a las leyes de la guerra? No es noble detener a un embajador, haga lo que haga y diga lo que diga.

—Para mí no hay leyes, ni en la guerra ni fuera de la guerra. En el mundo no hay más ley ni más soberanía que la de mi albedrío. Así, pues, eres preso, romano.

—¡ Ah, bárbaro Rey longobardo !—exclamó el Cardenal incapaz de contenerse—. Ciego y cruel sabía que eras, mas no creí que llegara a tanto tu maldad y tu fanatismo. Si hombre de honor fueras, te pediría que antes de hacerme preso cruzaras tu espada con la mía.

—No tengo ganas de duelos ahora. Si te parece, pelea con mis soldados. ¡ Ah, de mi gente ! ¡ Al rey Desiderio, esclavos !

Y al punto aparecieron en número de veinte o treinta longobardos, que se abalanzaron sobre el Cardenal y le sujetaron fuertemente.

—Conducidle a la más estrecha prisión.

En el acto fué obedecida la orden del Rey, y éste volvió a quedar en paz y reposo en su tienda.

Más, de súbito, una nueva voz, dulce y cantarina, volvió a interrumpir su descanso y sus meditaciones.

Alzó la vista. Era una bellísima mujer.

—¿Qué deseas de mí?

—Soy hermana del Cardenal Leoncio. Desde Roma he venido acompañándole y con su cortejo he estado aguardando su vuelta en la falda de la montaña próxima. Al prolongarse la espera tanto y tan vanamente, vengo a preguntarte si sabes algo de él.

Aquel bellísimo rostro, aquellos ojos llenos de cegadora luz, aquella voz tan dulce como el cantar de los arroyos y tan doliente como el murmurar de las frondas, llevaron una extraña ráfaga de ternura al corazón del Rey, pero, al punto, avergonzado de su flaqueza, volvió a recostarse indolentemente y contestó.

—¡Vaya si he visto a tu hermano! Y para no dejarle de ver lo tengo bien guardado, tan guardado como una joya.

—¿Dónde está?

—En la prisión.

Se demudó el rostro de la dama.

—Ah, Rey cien veces bárbaro! ¿Es así cómo tu soberanía te dicta proceder con las embajadas extranjeras?

Pero el Rey nada decía. De nuevo estaba embelesado en la contemplación de aquel rostro; otra vez la voz dulce removía en su corazón no sabía qué aletargados resortes.

—Dime, mujer, ¿cuál es tu nombre?

Esperanzada por aquel afable tono de voz, repuso la dama:

—Valeria.

—¡Valeria!... ¡Valeria!—repitió el longobardo como en sueños.

Pero al punto se sobrepuso. ¿Cómo era víctima su corazón de semejantes claudicaciones? ¿Cómo había podido ablandarse su alma, aunque sólo fuera por un segundo.

—Vete y déjame—exclamó con súbita brusquedad.

—Devuelve la libertad a mi hermano.

La respuesta fué una feroz carcajada que, más que aterrar, irritó a la valerosa Valeria.

—¿Qué pides por su rescate?

Desiderio se mostró repentinamente interesado.

—Eso es hablar razonablemente. Pues por su rescate pido... pido... diez mil doblas de oro.

—Las tendrás. Pero deseo que al punto des libertad a mi hermano, que mientras las doblas llegan quedaré yo en rehenes.

—Me complace complacerte. Vamos con mi esposa Zarracina y con ella tendrás distracción hasta que tu hermano termine cierto negocio importante y pueda recobrar su libertad.

Accedió Valeria, y ambos se fueron. Poco después reapareció el Rey longobardo, llamó a uno de sus capitanes y le dijo:

—Que se saque a Leoncio de la prisión y se le encadene a un árbol. Muera, allí poco a poco, y así, cuando el francés y el español lleguen, se toparán con el siniestro cuadro de la agonía del Cardenal y aprenderán a temer al rey Desiderio.

A tanto llegaba la perfidia del caudillo longobardo. ¿Habrá existido en el mundo ser tan villano, tan cruel, tan miserable? No, no; imposible...

II

Arribado que hubieron a la costa las naves de Francia, acamparon muy cerca del mar. Iba a la cabeza del ejército el gran Carlomagno y le acompañaban tres de sus famosos pares: Iñigo de Arista, Rolando y Reinaldos.

Sólo unas horas llevaban en el campamento, descansando del viaje, cuando otras naves aparecieron en el horizonte.

—¡ Navíos a la vista!—dijo una voz.

—Sin duda—observó Carlomagno—son las naves españolas con que Alfonso *el Casto* contribuye a la defensa de la Iglesia.

—¡ Sí lo son ! Su famoso pendón conozco—exclamó Iñigo de Arista.

—No sé a qué vienen esas naves—dijo Rolando despreciativamente—. Estando aquí el francés ¿qué puede hacer el español? ¿Acaso hay en Castilla un héroe que compararse pueda a nuestro Rey o a alguno de sus doce pares?

—No es bueno hablar sin antes estar bien cierto de lo que se dice—replicó Carlomag-

no—. ¿Conoces, acaso, a Bernardo, el sobrino del rey Alfonso?

—¿Quién es?

—A decírtelo voy. Es hijo de una hermana del Rey de Castilla y goza de los favores de éste, de todos los cortesanos y del pueblo entero. Apenas veinte años cuenta y, pese a su juventud, tan bravo, es, que no hay enemigo que deje de temerle ni amigo que no le quiera. Hidalgo en sus palabras y temerario en sus obras, tiene humildad para los humildes y soberbia para los soberbios. Pero su cualidad más notable, lo que verdaderamente le distingue, es su franqueza y su honorabilidad intachable. He aquí el retrato moral del tal Bernardo a quien personalmente no conozco.

Molesto quedó Rolando por estas palabras que eran como un reto y una humillación lanzados contra su bravura, y aun fué mayor su disgusto cuando oyó que Carlomagno decía:

—Que disparen una pieza como saludo.

Poco después se hacía la salva y los españoles respondían con dos. Una nueva tregua, y las tropas de Alfonso *el Casto* desembarcaron cerca del campamento francés.

Al punto vino el jefe español a saludar a Carlomagno.

Tras el cumplimiento de ritual, exclamó :

—¡ Vive Dios, que me pesa que Francia se una a España en la empresa que aquí me ha traído ! No dudo del valor de vuestros paladines, mas su presencia es innecesaria allí donde haya un español, pues uno, uno solo, fué capaz de vencer todo un campo de enemigos.

—Es tan presuntuoso como joven—dijo Rolando para sus adentros.

—Es tan joven como bravo—díjose el rey de Francia y, en voz alta, preguntó— : ¿ Quién eres ?

—Soy el general que Alfonso *el Casto* envía al frente de sus tropas... Adivino lo que estabais pensando. ¡ Me veis tan joven !... Pues bien, para ese pensamiento, tengo yo esta réplica : Los hechos os dirán si mi juventud me impide ser un buen soldado.

—¿ Dónde queda Alfonso, tu Rey?

—Allá en Castilla, guardando su trono.

—Le llaman *el Casto*, ¿ verdad?

—Y lo es, pues no se ha casado.

—¿Quién le sucederá, entonces, en la corona?

—Tiene un sobrino.

—¿Bernardo, acaso?

—Así se llama.

—Gran competidor me aguarda.

—¿Qué propósitos tenéis? Acaso esperáis que sea España para vos.

—Sí, valiente muchacho. Y a fe que reconozco que el trance va a ser duro, pues bien sé hasta dónde llega la intrepidez de vuestros guerreros.

—Intrepidez superada aún por la nobleza y la hidalguía.

—Bien dices, español. Pero también yo tengo los pares que han asombrado al mundo con sus hazañas.

—¿Y no crees que haya en España gente con brío y valor tales que puedan interceptar el paso del francés? En cuanto a mí, sólo veinte años tengo, pero me basto para impedir que un rey extranjero ocupe el trono de Castilla.

—No puedo soportar tanta jactancia—dijo en voz baja Rolando.

—Es bravo y arrogante — pensó Iñigo de Arista.

—Me agrada el modo de ser de este muchacho — opinó Carlomagno para sus adentros, y añadió en voz alta— : Ver quisiera a vuestro famoso Bernardo.

Y entonces el muchacho repuso :

—Ante vuestros ojos está, señor. Soy yo mismo.

El Rey y los pares que le acompañaban lanzaron una exclamación de asombro. Sólo Rolando guardó un silencio despectivo.

III

Preparábase la batalla. Afilábanse las armas en los campos aliados, se abrillantaban los escudos, los caballos piafaban.

Por Oriente asomaban las primeras luminarias diurnas y el sol salía para presenciar la gran contienda.

Sólo ruidos de metal y acero oíanse en el campo. El rey francés, el gran Carlos, seguro de sus guerreros, internóse por la selva sin otro

ánimo que el de distraerse hasta la hora del combate.

De súbito, oyó una voz, una débil llamada. Se volvió buscó y sus ojos encontraron un hombre encadenado al tronco de un árbol.

Corrió hacia él.

—¿Quién eres y cómo estás aquí?—le preguntó.

—Soy el cardenal Leoncio. En calidad de embajador vine al campamento del Rey longobardo, y éste me hizo su prisionero. Al encadenarme aquí, no ha pretendido sino daros a vosotros un ejemplo de su crueldad para atemorizaros.

—¡Ah, rey villano y cobarde! — exclamó Carlomagno—. Ya llevarás tu merecido. Pero, en fin: en vez de lamentarnos, procuremos romper estas cadenas. ¿Quién podría ir por una lima al campamento?

—¿Para qué la deseas, señor?

Carlomagno se volvió sorprendido al oír estas palabras. Era Iñigo de Arista el que las pronunciara, Iñigo, que, para asombro del Rey, estaba allí mismo, a su lado.

—¿De dónde has salido?

—Al ver que te internabas en la selva, señor, no quise que corrieras el peligro de andar solo por estos lugares, y te seguí sigilosamente.

—De algo ha servido tu excesivo celo. Ve al campamento y procúrate una lima para romper estas cadenas.

—Si me lo permites, señor, probaré a hacerlo con las manos.

—Loca pretensión. Antes se romperían tus brazos que estas cadenas.

—¿Me permites que pruebe?

—¡A fe que eres obstinado! Prueba y te convencerás al mismo tiempo de tu desvarío.

Se asió Iñigo a aquellas cadenas, se contrajeron los músculos de sus brazos, se inyectó su rostro y saltaron los eslabones, rotos, retorcidos...

Carlomagno le contempló estupefacto.

—¿Es milagro o realidad?

Y Arista jadeaba y sonreía humildemente.

Volvieron al campamento. Todo estaba ya preparado. Carlomagno reunió a sus pares y comenzó la arenga de ritual.

No había hecho más que iniciar el bélico



Pero allá iba Bernardo.

discurso, cuando resonó un clarín, el retumbar de unos cascos de caballo después, y Bernardo pasó raudamente, seguido de los españoles.

Rolando se mordió los labios. El español, astutamente, habíale tomado la delantera. Pero poco importaba. En un solo minuto, haría él mucho más que su rival en una hora.

Pero allá iba Bernardo. Flameantes sus negras crenchas, en alto el brazo y desnuda la espada, semejaba, más que un caudillo, una figura esculpida para dignificar la guerra.

Su ligero caballo, tan diestro como él en la lucha, no conocía tampoco el temor ni las vacilaciones. Se lanzaba rectamente y raudo como una flecha hacia el punto donde la experta mano de su dueño le guiaba. Estirado el cuello, finas las patas, enjuto y airoso el cuerpo, en vez de correr, volaba.

Y sobre él, el joven general, fuerte el brazo, combado el pecho, vibrante la espada, escudriñaba el horizonte impaciente por encontrarse con el enemigo. Allá iba Bernardo.

Sonó un lejano rumor, surgió un punto ne-

gro en lontananza. El punto se multiplicó y pronto pudo comprobar el guerrero que era el enemigo que llegaba.

Una sonrisa quebró sus labios, palpitó su pecho con bélica ansia y picó espuelas a su corcel.

Antes de confundirse con el enemigo, volvió la mirada. No vió a uno solo de los suyos. Tan lentos eran o tan raudo era él, que habían quedado muy atrás.

Pero ¿qué importaba? No acostumbraba a volver la vista. Sólo le interesaba lo que pudiera haber delante.

Y más ahora, que tenía enfrente al enemigo.

Volvió a espolear al caballo y el encuentro se produjo.

Al verle sólo, cien longobardos se abalanzaron fieramente sobre él. Pero no le conocían. No sabían que su brazo daba abasto lo mismo para cien que para mil.

Con un vértigo de locura o de pesadilla, aquella espada comenzó a girar y a girar, y era como una siniestra guadaña que segara vidas, y era como una lengua de vívido argen-

to que robara sus destellos al sol de la mañana.

—¡ A él, longobardos !—oyó que una voz decía.

Y sólo entonces se dió cuenta de que estaba solo en medio de un círculo de cadáveres.

—¡ A él, longobardos !

Y comprendió que aquellos forajidos le temían. Por millares se contaban y ni uno sólo se atrevía a ponerse al alcance de su acero.

Ya que no venían, los iría él a buscar. Y fué. Y otro centenar de moros sucumbieron.

Pero este nuevo castigo, lejos de amedrentarles, les exasperó, y en número de doscientos, de quinientos, de mil, abalanzáronse sobre el héroe.

Mejor. Es lo que él quería. Y, sudoroso, jadeante brillante la mirada, en desorden el cabello, libró una de las más famosas batallas de su vida.

Cien, doscientos, quinientos, mil, cayeron a los certeros golpes de su espada.

Sólo entonces llegaron los suyos y, poco después, los franceses con Rolando a la cabeza.

Pero ¿podría este héroe superar la hazaña del nuestro?

* * *

Cuando más encarnizada era la pelea, Carlomagno, que paseaba por el campamento, oyó una queja, una voz débil que era lamento al mismo tiempo que llamaba.

Fué hacia el punto de donde la voz venía, y lo que vió le llenó de horror y de angustia. En el suelo y con el pecho cubierto de sangre, hallábase el papa Adriano.

—¿Quién os ha herido? ¿Cómo habéis cometido la imprudencia de llegar hasta aquí?

—Quise ver con mis propios ojos cómo era castigado Desiderio, pero he aquí que a él mismo me topé y él mismo hundió en mi pecho su espada.

Carlomagno, ahogado por la emoción, no podía pronunciar una sola palabra. Una lágrima surcó su rostro de soldado curtido en la guerra. Menguada victoria la del rey longobardo. Había matado a un anciano indefen-

so, creyendo que daba muerte a la Iglesia, y no sabía que ésta era inmortal.

El moribundo, viendo la aflicción de Carlomagno, trató de animarle, que a tanto llegaba la bondad de su corazón.

—No te aflijas, Carlos, por mí, que muero sin pena, ya que estoy por ti acompañado.

Hizo un esfuerzo y añadió:

—Una cosa voy a encomendarte, Carlos, que importa mucho a la Iglesia.

—¿Y es?...

—Que procures sea Leoncio el que ocupe la Silla Pontifical en substitución mía.

—Descuida, Pastor universal, que tu encargo quedará cumplido y tú largamente vengado... Con más pujanza que nunca, resurgirá ahora la Iglesia. Exterminados los longobardos, ella será como un deslumbrante faro que derrame su luz bienhechora por el mundo.

—Muero tranquilo, pues — dijo entonces Adriano con voz que más que voz era un soplo o un suspiro—. Ea, Señor, dejo en paz esta lucha del mundo. No me aterra ningún temor, que, aunque incapaz e indigno de ello, fuí Vice-Dios en la tierra.

Y murió; en tanto Carlomagno seguía llorando silenciosamente y mientras, del lejano horizonte, continuaba llegando el sordo fragor de la guerra.

IV

El rey Desiderio, llamó a uno de sus capitanes.

—¿Cómo va la lucha?—le preguntó.

—Nada puede decirse, señor, todavía. El combate ha cesado para reanudarse cuando se recobren las perdidas fuerzas.

—¿Han muerto muchos de los nuestros?

—Mas de tres mil.

La cifra hizo torcer la jeta al rey Desiderio.

—¿Hemos hecho muchos prisioneros?

—Alrededor de cincuenta.

Otra vez los números disgustaban al rey longobardo.

—¿Hay entre ellos algún personaje de relieve?

—Leoncio, el Cardenal.

—¿Pues no le dejamos encadenado a un árbol?

—Pero le libertaron los franceses y en sus filas se le vió combatir.

—¿Qué otro prisionero tenemos?

—Iñigo de Arista.

—Buena presa.

—¿Y a ese famoso Bernardo no habéis logrado apresarle?

—Ese es el más temible de todos, señor. Os puedo asegurar que la mitad de nuestras bajas se deben a su brazo.

—No en balde se ha esparcido su fama por el mundo entero. Pero te aseguro que, o dejaré de ser quien soy, o yo mismo daré muerte a ese galán presuntuoso. ¡La ira me ahoga! Esos malditos españoles y esos odiosos franceses van a hacerme descender de mi pedestal... ¡La muerte es cien veces preferible! ¿Yo humillado, yo vencido? ¡Ah, qué mal me conocen! Prepárate, Bernardo, a cruzar tu espada con la mía.

Y al mismo tiempo que hablaba, hacía gestos horribles, tan horribles que hubieran sido la mejor arma para hacer frente al enemigo.

Entretanto, no lejos de él, una dama y un héroe hablaban de amor. Ella era Valeria;

él, Iñigo de Arista. Desde el punto y hora en que se vieran, la juventud de ambos corazones se encargó de establecer entre ellos un fuerte lazo de unión, y este amor tan espontáneamente nacido, les ayudaba a sobrellevar su cautiverio.

Otro cautivo cuidaba cerca de ellos de la comida de los caballos. Era Leoncio, el Cardenal, al que la humillante tarea llenaba de indignación.

Hablaban aquéllos y contemplábales éste, satisfecho de que su hermana fuera amada por el gallardo paladín que había roto sus cadenas, cuando apareció el rey Desiderio, convirtiendo en murmullos la tempestad que se desencadenaba en su interior.

Para no exasperarle más, cesaron en su amorosa charla Iñigo y Valeria, y Leoncio fingió interesarse en el pienso que estaba echando a uno de los caballos. Convenía disimular para que cierto plan que había concebido tuviera feliz realización.

—¡ Señor !—dijo al Rey cuando pasó por su lado—. Paréceme sería acertado me permitieras armarme y vestirme de guerrero. Estos

caballos, criados en la guerra y para la guerra, prefieren una caricia de un soldado que un buen pienso de manos de un palafrenero. He aquí éste que se niega obstinadamente a comer. Seguro estoy de que recobraría el apetito si le ofreciera el pienso vestido de soldado.

—Dices bien, romano. Y te agradezco que procures por mi causa. Ve al punto por tus armas, y vístete con las ropas que llevabas antes. Y tú, Iñigo de Arista, haz lo mismo. Quiero que mis caballos estén bien preparados para la lucha.

No hizo más que volver a su tienda, cuando un siervo le dijo:

—Ha llegado al campamento un mensajero español, que contigo, señor, desea hablar.

—Dejadle el paso libre y decidle que el rey Desiderio le aguarda.

En seguida estuvo en su presencia el mensajero español. Iba embozado en su capa cual si frío tuviera o temiese ser reconocido.

Osadamente, se detuvo ante el rey longobardo.

Guardó silencio. No hacía sino mirarle con aquellos sus ojos brillantes de audacia.

—¿Por qué callas? ¿Por qué me miras así? ¿Ignoras, mensajero español, que el rey Desiderio siente hacia España tanta aversión y tanto odio como jamás sintiera? ¿Ignoras que sólo la ira y la sed de venganza se cobijan en mi pecho? ¿Ignoras que España ha sembrado la desolación y la muerte entre mis tropas y que el rey Desiderio está dispuesto a darles castigo, aun a trueque de sacrificar su vida? ¡Tiembla, español, y no aumentes mi ira con tu osada actitud! Di pronto lo que deseas y vete.

Y entonces repuso el embozado mensajero:

—Nada ni nadie abatirá el orgullo que siento de ser castellano. Y ante ti, rey Desiderio, como ante el más poderoso rey del mundo, mi actitud será siempre la que corresponde a un valiente soldado español.

—¡Vamos! Di pronto lo que deseas y quién te envía.

—Al punto voy a complacerte, rey longobardo. Me envía la misma audacia, encarnada en la persona de Bernardo.

—¿Bernardo, el general español? ¿Bernardo, el sobrino del rey Alfonso II? ¿Bernardo, el paladín de los paladines?

—Ese es. Justísimas son tus palabras.

—¿Y qué desea de mí?

—Verte.

—¿Cuándo?

—Cuando le asegures que le has de escuchar sin cometer la villanía que con el cardenal Leoncio cometiste.

—Puede venir cuando le plazca.

—¿Con seguridad?

—Absoluta.

—Tu juramento necesito.

—Pues bien, juro por mi fe y estirpe de rey.

—Entonces, aquí me tienes.

Y desembozándose, dejó Bernardo al descubierto su faz.

—Yo mismo soy.

Sorprendióse el Rey. Un momento permaneció indeciso, cual si sostuviese dura lucha interna. Extraña lucha, por cierto, en un alma tan resoluta, y feroz como la del rey longobardo.

Y aun fueron más sorprendentes estas palabras de respuesta:

—A fe, Bernardo, que te odio tanto como te admiro.

—No quiero tu admiración—repuso el paladín de Castilla.

—No puedo menos de sentirla. Sólo a ti concede mi corazón beligerancia. ¿Por qué? Lo ignoro; pero mi franqueza y mi orgullo a declararlo me mueven. El rey Desiderio es feroz y de su ferocidad se complace. Pero también es soberbio. Tanto, que al ver mermadas sus tropas, al haber afrontado el fracaso en un combate, ya no es sólo exterminar lo que desea, sino vencer. Vencer ante todo y sobre todo; dejar bien sentada su fama de invencible. He aquí Bernardo por qué aseguro tu vuelta al campo de los tuyos. Quiero que seáis todos los que fuisteis para venceros donde me habéis vencido. En el próximo encuentro sabréis quién es el rey longobardo.

—Me complacen sobremanera tus palabras. Sólo a conocerte he venido para buscarte durante la lucha y darte muerte. Quiero que

sea mi brazo el que castigue tu perversidad; quiero esta gloria para mi patria.

—A fe, Bernardo, que no puedo menos de admirarte. Y esta admiración es tan grande como mi deseo de hallarte durante la contienda para abatir esa soberbia que despierta la mía.

—Rechazo tu admiración, ya lo he dicho, pero acepto complacido el reto. Apenas suene el primer clarín de guerra, tiembla por tu vida.

—Sólo la ira puede hacerme temblar, español. Y si tuviera que morir, es de tu brazo del único que acepto la muerte.

—No creí que fueras capaz de tales rasgos de nobleza, y esta vez no lo quiero rechazar. Jamás seré tu amigo, pero te admito como noble y digno adversario. Déjame mirarte bien. Suprimamos la posibilidad de un error. Rostro de valiente es el tuyo. Mejor. Más gloria para mi espada y para mi Castilla.

—Ve, héroe español, y a morir disponte. Ve, que ya mi brazo se impacienta. Ve, que ya ardo en deseos de que comience la lucha.

Esta no se hizo esperar mucho. Con la luz

del nuevo día, llegó al campamento longobardo un toque inconfundible de clarines.

—¡Al arma! ¡Al arma!—gritó el rey Desiderio—. ¡A la guerra, longobardos! Y, para daros ejemplo, yo iré delante de vosotros... ¡A ver, Leoncio, el caballo!

Pasaban los longobardos sin orden ni concierto, unos con las huellas del sueño aún en su rostro y otros arreglándose las ropas.

—¡Leoncio, el caballo!

Pero el caballo no llegaba. En vista de ello, corrió hacia el lugar donde éste debía de hallarse y llegó con el tiempo justo para presenciar algo que le llenó de indignación.

Leoncio, que, con el permiso del Rey, se había armado y vestido la malla, saltó al caballo y emprendió rauda carrera.

—Me vuelvo con los míos—vociferó al pasar por el lado del Rey—. Y pide a Dios, longobardo, que no nos encontremos en el combate.

—¡Ah, villano! Sólo mi muerte podrá librarte de que pagues cara tu acción.

Pero Leoncio ya no le oyó. Como loco, iba

abriéndose paso entre el enemigo con la espada.

Desiderio, de nuevo en posesión de toda su ira, se lanzó campo adentro con la espada desnuda.

Y tras él se fué Iñigo de Arista, después de haber prometido a Valeria que volvería por ella.

El encuentro fué terrible. Ante el ímpetu de los soldados franceses y españoles, los longobardos, sintieron la tentación de retroceder. Pero en este momento llegó el rey Desiderio y, con voces que atronaban el espacio, contuvo a los suyos.

Al frente de ellos, se lanzó a una lucha ciega, feroz, encarnizada. Se veía perdido, y su soberbia le impedía huir o morir como un cobarde.

—¡ Guerra, guerra mientras quede uno vivo !—rugía.

Y era un energúmeno, una horrenda máquina de guerra que iba sembrando la muerte por doquier.

Cada vez eran menos los longobardos y más intenso el deseo de huir de los supervivientes.

Pero siempre aquella voz espantosa les detenía.

—¡ Guerra, guerra mientras quede uno vivo !

Buscaba a Bernardo, buscaba a Bernardo con la misma ansia que éste le buscaba a él. ¡ Oh, si pudiera morir con la gloria de haber abatido al héroe español !

Pero inútilmente sus ojos escrutaban las filas españolas. Ni siquiera aquel consuelo quería dársele a su fracaso y a su muerte.

De súbito, sintióse herido. ¿Por quién? No lo sabía. Una espada francesa o española, una cualquiera, una de tantísimas como su pecho había desdeñado para lanzarse al combate, se había hundido en su cuerpo.

Desesperado, humillado, se retiró del campo de batalla, internándose en la selva. En un pequeño calvero se dejó caer y se dispuso a morir.

Pero algo extraño había ocurrido en su alma en aquel supremo instante de clarividencia. Deseaba hallar a Bernardo, pero no ya para matarle sino para recibir la muerte de manos de él.

Ya no odiaba al héroe sino que le admiraba.

Y aun iban naciendo en su alma otros sentimientos más sublimes.

De pronto, oyó una voz.

—Siguiendo tu rastro de sangre vengo, y te hallaré al fin, maldito longobardo.

Un relámpago de placer inundó el pecho del caudillo. La voz era de Bernardo. Y él era el que llegaba, estaba cierto. En aquellos instantes de maravillosa clarividencia, lo sabía y veía todo.

En efecto, fué Bernardo el que irrumpió en el calvero.

—Por favor, Bernardo, que tu mano heroica me dé muerte.

—Con esa intención te he seguido, pero, viéndote en tal estado, no puedo cumplir mis propósitos y tus deseos, pues mi espada sólo se ha hecho para los cuerpos sanos.

—¡ Bernardo, valiente y generoso Bernardo ! Que sea tu noble mano la que me dé muerte.

Sorprendido quedó el joven guerrero, más que por la significación de la súplica, por el tono en que había sido hecha.

Ahora no era feroz la voz del rey longobar-

do. Era la voz templada y heroica de cualquier caudillo cristiano.

El noble intento de morir dignificado, sorprendió también al español y agradeció que fuera su mano la elegida para tal menester.

De aquí que, lejos de cumplir los propósitos de Desiderio, se arrodillara a su lado y le dijera :

—No puedo darte lo que me pides, pero sí mi admiración y mi amistad.

—¡ Gracias, amigo mío ! ¡ Oh, qué claro lo veo todo ahora ! ¿ Crees que Dios me perdonará ?

—Confía en ello. La piedad de Dios es infinita.

—Entonces, muero más tranquilo. Ruega por la salvación de mi alma.

—Lo haré con tanto fervor, que estas lágrimas que ahora derramo, acompañarán siempre a mis súplicas.

—Adiós, intrépido Bernardo.

—Adiós, rey redimido.

Profundamente impresionado por este suceso, volvió Bernardo al campo de batalla.

Pero ya no halló ocasión para seguir combatiendo.

Los longobardos, los pocos supervivientes de la gran hecatombe, habían huído abandonándolo todo o habían caído en poder del enemigo.

Fué una gran victoria, pero una victoria que dejó una indeleble huella de amargura en el corazón del héroe español.

V

En pie y en fila sobre una plataforma y alrededor de un sitial, se ven cuatro cardenales.

Por delante de ellos desfilan los cautivos, longobardos, Rolando y Reinaldos arrastrando banderas, Bernardo con las armas del Papa, Iñigo de Arista con las del Emperador, Carlomagno y Leoncio, coronado de laurel.

Todo el salón está engalanado para la gran fiesta de la coronación del nuevo papa Leoncio, en todos los pechos late idéntica emoción al contemplar aquella soberana figura, tan sabia en el púlpito como en el campo de batalla.

Uno de los cardenales dice con voz solemne:

—Subid, Leoncio a ocupar la silla que dejó vacía Adriano.

Entre los acordes de una música celeste, a fuerza de ser grave y hermosa, bajan de la plataforma los cardenales y sube Leoncio, sentándose en la Silla.

Y uno de los cardenales dice al mismo tiempo que le corona.

—Reciba este santo distintivo tu sagrada cabeza.

Y otro cardenal añade:

—Recibe en tus manos este báculo pastoral, Pastor del Mundo.

Y añade un tercero:

—Ahora te reconocemos Vicario de Cristo en la tierra.

Y pregunta el cuarto:

—¿Cómo queréis llamaros?

—Llamadme León Tercero — responde el nuevo papa.

Seguidamente, le hacen colocar el pie sobre unos cojines y los cuatro cardenales se lo besan.

Ya es Leoncio papa, ya es la suprema autoridad de Roma.

Entonces, pasa Carlomagno por donde pasaron los cardenales y besa los pies de Leoncio.

Y el Papa, tendiendo una mano sobre aquella humillada y gloriosa cabeza, dice :

—Carlos a quien el Magno llaman, defensor de la Iglesia, caudillo de caudillos : te nombro Emperador de Roma.

A estas palabras sigue una entusiasta voz :

—¡ Viva el emperador Carlos VII de Francia.

Y todos responden :

—¡ Viva !

Pasa después Bernardo y besa los pies de Leoncio.

—¿ Y tú que quieres, héroe español?

—Sólo adorarte—responde Bernardo.

Y pasan Rolando y Reinaldos sin aceptar ni pedir nada.

Pero llega el turno a Iñigo de Arista y, cuando Leoncio le pregunta :

—¿ Qué deseas tú ?

El responde :

—La mano de vuestra hermana.

—Te la entrego—responde el Papa—, y con una dote de seiscientos mil ducados.

Y aquí terminó la ceremonia, que se convirtió en fiesta para agasajar a los héroes, cuyo puesto de honor se le concedió unánimemente a Bernardo, para honra suya y de Castilla.

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

(COLECCION ARALUCE)

PUBLICADOS

1 Historias de Shakespeare
2 Los héroes
3 La Divina Comedia
4 Historias de Andersen
5 Guillermo Tell
6 Cuentos de Grimm
7 Viajes de Gulliver
8 Historias de Wagner
9 Don Quijote, 1.ª parte
10 » » 2.ª parte
11 Más cuentos de Grimm
12 La Odisea
13 La Iliada
14 La Canción de Rolando
15 Historias de Chaucer
16 Historias de Calderón de la Barca
17 Fábulas de Esopo
18 Más historias de Shakespeare
19 Robinson Crusoe
20 Ivanhoe
21 Cuentos de la Alhambra
22 Los Caballeros de la tabla redonda
23 Cántico de Navidad
24 La cabaña del tío Tomás
25 La Infantina de Francia
26 El Paraíso perdido
27 Los Lusiadas
28 La gitanilla
29 Cuentos de Edgard Poe
30 La Araucana
31 Orlando Furioso
32 Tradiciones hispanas
33 Hazañas del Cid
34 H. de Lope de Vega
35 El Lazarillo de Tormes
36 La Eneida
37 Cuentos de Hoffmann
38 Historias de Moliére
39 Más historias de Andersen
40 Historias de Goethe
41 H. de Ruiz de Alarcón
42 Historias de Schiller

43 Historias de Tirso de Molina
44 Amadís de Gaula
45 Las mil y una noches
46 Más mil y una noches
47 Historias de Eurípides
48 Trovas de otros tiempos
49 Sígfrido (La leyenda de)
50 Historias de Esquilo
51 Historias de Herder
52 Historias de Gil Blas de Santillana
53 Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno
54 Cuentos de Perrault
55 Cuentos de Schmid
56 Aventuras del Barón de Műnchhausen
57 Aventuras de Till
58 Fábulas de Samaniego
59 Historias de Sófocles
60 La tienda del anticuario
61 Historias de Corneille
62 Entremeses de Cervantes
63 Historias de Aristófanes
64 Historias de Lord Byron
65 Historias de Tennyson
66 Leyendas de Oriente
67 Aventuras de Telémaco
68 La Campana de Huesca
69 Los argonautas
70 H. de Ramón de la Cruz
71 El Ramayana
72 H. de Vélez de Guevara

Cada tomo (9 láminas en color) lujosamente encuadernados
Pesetas 2,50



Grandes hechos de los grandes hombres

Cristobal Colón. Su vida, sus viajes.
Alvar Núñez Cabeza de Vaca.
El Gran Capitán.
Juan Sebastián El Cano
El Cardenal Cisneros. Su vida, su obra.
Miguel Servet.
Vasco Nuñez de Balboa.
Jorge Washington.
El Duque de Alba.
Don Juan de Austria.
Miguel de Cervantes.
Leonardo de Vinci.
Alejandro Magno.
Carlomagno.
Julio César.
Hernando de Magallanes.
Fray Luís de León.
Miguel Angel.
Calderón de la Barca y sus autos.
Séneca.
Stanley.
Francisco de Goya.
Benjamin Franklin.
Luis Beethoven.
Ricardo Wagner.
Simón Bolívar.
Quevedo.
Nelson.
Pericles.

Cada tomo (9 láminas en color) Pesetas 3

Páginas brillantes de la historia

Historias de las Cruzadas.
Francisco de Pizarro.
Hernán Cortés.
Isabel la Católica.
Raimundo Lulio.
Jerusalén libertada.
Juana de Arco.
María Estuardo.
María Antonieta.
Alfonso X el Sabio.
Don Alvaro de Luna.
Almanzor.
Alí Bey.
Teresa de Jesús.
Los héroes de Trafalgar.
Imperio de los Incas.

Cada tomo (9 láminas en color) Pesetas 3